

## EL DESAFIO URBANÍSTICO DE LA MISIÓN JESUÍTICA DE MAYNAS (1638-1768) EN LA AMAZONIA<sup>1</sup>

Sandra Negro

**RESUMEN:** Desarrolla los retos y recursos empleados en la ocupación territorial generada por los pueblos reduccionales misioneros de la Compañía de Jesús, en el territorio ribereño de los ríos Marañón, Amazonas, Pastaza, Napo y Aguarico, que estructuraron la Misión de Maynas entre 1638 y 1738. Analiza las dificultades y conflictos generados en las etnias que tuvieron escaso contacto con los europeos o que guardaban experiencias negativas con las fuerzas militares coloniales o con aquellos que explotaban los placeres en busca de oro, quienes se inclinaron por su explotación y represión. Expone los caracteres generales de los pueblos establecidos por los jesuitas, analizándolos en relación a las disposiciones oficiales de la Corona española para el establecimiento de reducciones de indios en tierras americanas.

**PALABRAS CLAVE:** urbanismo, arquitectura, evangelización, misionología, jesuitas.

**ABSTRACT:** It develops the challenges and resources used in the territorial occupation generated by the reductive missionary towns of the Company of Jesus, in the riverside territory of the Marañón, Amazonas, Pastaza, Napo and Aguarico rivers, which organized the Mission of Maynas between 1638 and 1738. It analyzes the difficulties and conflicts generated in the local ethnic groups that had little contact with the Europeans or who had negative experiences with the colonial military forces or with those who exploited the rivers in search of gold, who were inclined to their exploitation and repression. It exposes the general characteristics of the towns or “reducciones” established by the Jesuits, analyzing them in relation to the official provisions of the Spanish Crown for the establishment of reductions of Indians in American lands.

**KEY WORDS:** urban planning, architecture, evangelization, missiology, Jesuits.

### 1. Territorio y fronteras.

La misión jesuítica de Maynas se desarrolló en un territorio cuyos límites fueron variando a lo largo de los 130 años de su permanencia. Durante la etapa de apogeo abarcaba parcialmente las riberas de los ríos Marañón, Pastaza, Parapetí, Tigre, Napo, Putumayo, Aguarico, Ucayali, Pachitea, Yavarí, Nanay y naturalmente las orillas e islas del río Amazonas<sup>2</sup>, extendiéndose hasta la confluencia con el río Negro a inmediaciones de la ciudad de Manaos (en el actual Brasil). Sin embargo, a medida que se fue consolidando la expansión portuguesa a partir de comienzos del siglo XVIII, la misión fue forzada a replegarse hasta la confluencia y desembocadura del río Yavarí en el Amazonas, el mismo que se convirtió en la frontera colonial de la corona española hasta la expulsión de los jesuitas de la región en 1768. En definitiva, podemos afirmar que el territorio más permanente de la misión fue el actual departamento peruano de Loreto.

<sup>1</sup> El presente texto ha sido originalmente publicado en Sánchez Paredes, J. y M. Curátola (Eds.). (2013). *Los rostros de la tierra encantada. Religión, evangelización y sincretismo en el Nuevo Mundo. Homenaje a Manuel Marzal S.J.* Pontificia Universidad Católica del Perú e Instituto Francés de Estudios Andinos, (págs. 423-462). ISBN 978-612-4146-35-0. A la fecha ha sido revisado y actualizado.

<sup>2</sup> Fue el misionero P. Samuel Fritz quien en 1686 fundó la Misión Baja del Marañón (Amazonas) con su sede principal, la reducción de San Joaquín de Omaguas. A partir de allí fue estableciendo numerosos poblados en los islotes y riberas del Amazonas, hasta alcanzar un total de 52 reducciones.

La misión debe su nombre a la etnia amazónica *mayna*, que habitaba en las estribaciones de los ríos Morona y Pastaza, afluentes de la margen izquierda del río Marañón. A partir de 1638, el nombre Maynas se extendió a toda la región del Alto Amazonas, debido fundamentalmente a la presencia evangelizadora de los religiosos de la Compañía de Jesús. En 1656 el virrey Luis Enríquez de Guzmán, conde de Alba de Liste decidió que “el gobierno de Mainas abarcaba todas las provincias donde los jesuitas estuvieren fundando misiones [...]” (Tobar Donoso, J. y A. Luna Tobar, 1982, pp.18-19). Las Reales Cédulas de 1682 y 1683 confirmaron este territorio y sus habitantes, para que fuesen evangelizados por los miembros de la Compañía de Jesús.

A pesar de ello, nunca existió una frontera totalmente definida, en gran medida debido a la geografía particular de la Amazonia. Esta imposibilidad de señalar límites concretos ocasionó algunos desacuerdos y disputas —con los franciscanos al sur y con los dominicos al oeste— en relación a las etnias que debía evangelizar cada una estas tres órdenes religiosas.



Vista del río Pastaza, región que formó parte de la Misión de Maynas en los siglos XVII y XVIII.

Imagen: <https://bit.ly/3c5ax6P> [04-05-2020]

Para poder ingresar a dicho territorio, se fueron estableciendo a través de los años hasta siete diferentes rutas de acceso, todas ellas muy difíciles, ya sea debido a que los ríos eran caudalosos, o se trataba de zonas con pasos a pie por cuevas abruptas o muy inclinadas. Otros caminos en cambio cruzaban por áreas pantanosas o a través del territorio de indios hostiles. Debemos considerar además que casi todas las rutas propuestas tenían como punto de partida la ciudad de Quito, ya que entre los siglos XVI y XIX el acceder a dicha región desde Lima, capital del virreinato del Perú, era una empresa de mayor envergadura. Esto se debía no solamente a la gran distancia existente, sino también a la imperativa necesidad de cruzar los Andes, para alcanzar la Amazonia, todo lo cual repercutía negativamente en tiempo y costos. Debido a tales circunstancias geográficas, la misión de

Maynas, dependió siempre en lo espiritual de la Compañía de Jesús de la Provincia de Quito.

Esta situación peculiar llevó a los religiosos y demás viajeros que se desplazaban por tan difícil región, a privilegiar dos de las rutas de acceso. La primera de ellas salía desde Quito y se dirigía al sur hasta llegar a las localidades de Loja y Zamora (en el actual Ecuador). Prosiguiendo hacia el sureste cruzaba el Pongo de Manseriche en el Perú actual, alcanzando por último el río Santiago, que facilitaba la llegada a las reducciones de San Francisco de Borja y Santiago de Laguna, en la Misión Alta del Marañón. El viaje debía realizarse en parte a pie, sobre lomo de bestia y en navegación fluvial —usando generalmente canoas y almadías— debiendo recorrer en total una distancia aproximada de 1700 km.

La segunda ruta también partía de Quito, si bien en este caso era necesario encaminarse por tierra hacia el este geográfico, para llegar a las ciudades de Baeza<sup>3</sup> y Archidona (en el actual Ecuador). A corta distancia se hallaba el Puerto del Napo y en embarcaciones se proseguía el viaje, hasta llegar a la confluencia con el río Aguarico. Siempre manteniéndose en el río Napo, era necesario continuar la navegación hasta la confluencia con el río Amazonas. Esta senda facilitaba el acceso a las reducciones situadas en la Misión Baja del Marañón y entre ellas su sede principal, la reducción de San Joaquín de Omaguas. Si bien este itinerario era ligeramente más largo que el anterior, tenía la ventaja que la mayor parte del trayecto se podía hacer por vía fluvial. Los cronistas nos informan que usualmente eran necesarios dos meses desde Quito hasta la reducción de Santiago de la Laguna, en la Misión Alta del Marañón, donde residía generalmente el Superior de la Compañía de Jesús, y unas seis semanas para hacer el recorrido desde Quito hasta Omaguas.

La historia de la fundación y desarrollo de las reducciones jesuíticas es muy compleja y con grandes altibajos, debido a factores muy diversos y heterogéneos, que imposibilitan una generalización a través del tiempo. El primer aspecto a considerar es el innegable hecho que las primeras reducciones pudieron ser fundadas y prosperar debido fundamentalmente a que se apoyaron en los varios asentamientos pre-existentes —denominados por entonces “ciudades y villas”— establecidos por españoles en distintas áreas de la región del Alto Amazonas, a partir de mediados del siglo XVI y durante el primer tercio del siglo XVII.

## **2. La fundación de las “ciudades de conquista” (1536-1638)**

La exploración de la Amazonia por parte de los españoles durante el siglo anterior a la llegada de los jesuitas a la región, se desarrolló en dos periodos, el primero de los cuales abarcó entre 1536 y 1571. Los viajes iniciales de reconocimiento y conquista fueron llevaron a cabo por varios capitanes españoles comisionados por Francisco Pizarro en 1535, con la finalidad de incorporar nuevas posesiones a la Corona española, establecer encomiendas y hallar riquezas en metales preciosos. En la primera “entrada”, Pizarro encomendó al capitán Juan Porcel de Padilla la conquista de nuevas tierras en la región que se denominaba

<sup>3</sup> El 14 de mayo de 1559, Gil Ramírez Dávalos fundó la primera ciudad española en la Gobernación de Quijos, asignándole el nombre de Baeza de la Nueva Andalucía. El 9 de septiembre de 1556, recibió del virrey del Perú, don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, el nombramiento de Gobernador de Quito. El 15 del mismo mes y año, mediante providencia firmada en Lima, se le añadió la comisión de conquistar y poblar, los territorios de Quijos, Sumaco y la Canela. Desempeñó el cargo hasta el 7 de julio de 1559, fecha en que fue legalmente reemplazado por Melchor Vásquez de Ávila.



“Bracamoros” y que constituía un extenso territorio que abarcaba desde las desembocaduras de los ríos Zamora y Chinchipe al norte y se prolongaba hasta las orillas del río Santiago al este y las inmediaciones del río Marañón al sur. Porcel ingresó acompañado de una numerosa tropa y en 1536 fundó la ciudad de Nueva Jerez de la Frontera, en la confluencia de los ríos Chinchipe y Marañón, constituyendo la primera fundación de la actual ciudad de Jaén de Bracamoros, en el departamento de Cajamarca. Dos años más tarde, en 1538 el capitán Pedro de Vergara ingresó a esta misma región para conquistar a los “Bracamoros del norte” y fundar la ciudad de Bilbao, la misma que desapareció casi inmediatamente, ya que Vergara debió retornar a Lima para combatir al lado del pacificador Cristóbal Vaca de Castro, en contra de Diego de Almagro el Mozo.

Estas dos primeras conquistas de territorios inexplorados, impulsaron a otros militares españoles a proseguir la exploración de los “Bracamoros”. Para poder alcanzar dicho objetivo era imprescindible el establecimiento de puestos de avanzada militar, que sirviesen como campamentos semipermanentes, desde donde pudiesen partir las diversas “entradas” a territorios desconocidos.

Con este objetivo en mente, los primeros conquistadores se dedicaron con gran efervescencia a la fundación de poblados estables que facilitasen a los españoles sujetar y dominar a los habitantes locales. El objeto principal era el de organizar las encomiendas necesarias para explotar los ricos tesoros, que supuestamente se escondían en la selva. De esta manera se fundaron sucesivamente “ciudades” tales como Ávila, Chirinos, Perico, Zamora, Loja, San Juan de la Frontera de Chachapoyas, Santiago de los Valles de Moyobamba y otras, todas ellas con un número de vecinos empadronados que supuestamente debía alcanzar los treinta individuos<sup>4</sup>, tal y como estipulaban las ordenanzas españolas. El planteamiento urbano del asentamiento en cuadrícula se mantuvo, así como el trazado de las calles rectas hechas “a regla y cordel”, dejando libre una manzana central cuadrangular para la plaza mayor. En las manzanas que rodeaban la plaza, se hallan documentados casos de establecimiento de cabildos, así como la construcción de la iglesia y algunas precarias viviendas.

Estas primeras fundaciones no perduraron, ya que las condiciones geográficas amazónicas eran muy diferentes a las andinas, sin contar que los habitantes provenientes de las distintas etnias no tenían el nivel de desarrollo socio-cultural que los españoles habían conocido en otras regiones. Tales dificultades iniciales se vieron frecuentemente acompañadas por el requerimiento de los militares para combatir sublevaciones y enfrentamientos en las regiones costeras y andinas en el virreinato del Perú. Esto ocasionaba el obligado abandono de las nuevas ciudades, las cuales se despoblaron y tendieron a desaparecer rápidamente. Dichas tempranas fundaciones cesaron con la aplicación de la Real Cédula del 16 de abril de 1550, que prohibía la exploración de la Amazonia, bajo pena de muerte y confiscación de todos los bienes de quienes incurrieran en tales acciones.

Unos años más tarde, ciertos militares españoles comenzaron a ejercer presión sobre el virrey Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, con objeto de reiniciar la

---

<sup>4</sup> En ciertos casos el número de habitantes solamente fue de quince o veinte pobladores. Considerando la escasez de españoles en la región, varias de las tempranas ciudades se fundaron con un número inferior de vecinos que el indicado por las ordenanzas españolas del siglo XVI.

exploración de la selva. Finalmente en 1556 obtuvieron el tan ansiado permiso de la Corona. Los militares estaban anhelosos de partir a estos nuevos horizontes, los cuales debían supuestamente enriquecerlos fácilmente. Al mismo tiempo, les posibilitaba rendir un servicio a la corona española —al ampliar sus posesiones de ultramar— el cual en algún momento eventualmente podría ser retribuido con alguna renta o cargo público. Contemporáneamente al otorgamiento de nuevas licencias para la conquista de territorios amazónicos, el virrey decidió reorganizar la región de los Bracamoros, creando las gobernaciones de Yahuarzongo y Bracamoros.

Las nuevas ciudades que se fundaron a partir de 1556, estaban orientadas no solamente a la toma de posesión del espacio físico conquistado, sino también a las primeras explotaciones de yacimientos auríferos. La figura que destacó por tales décadas fue la del capitán Juan de Salinas Loyola, quien fundó las ciudades de Valladolid (1557, en la margen izquierda del río Chinchipe), Loyola (1557, en la margen derecha del mismo río) y Santiago de las Montañas, (1558, en las cabeceras del río Santiago, con 35 españoles a quienes Loyola repartió encomiendas). En ese mismo año, fundó las ciudades de Santa María de Nieva (en la confluencia de los ríos Nieva y Marañón), donde se establecieron 27 españoles que lo acompañaban en la expedición, y Logroño de los Caballeros (posteriormente renombrada Logroño del Oro). Durante los doce meses siguientes Loyola y sus hombres decidieron explorar el río Ucayali a través del territorio de las etnias cocama y conibo. La pérdida de soldados por muerte o desertión fue tan grave, que se vio obligado a regresar a Santiago de las Montañas, hallándola abandonada y confirmando que habían corrido igual suerte Valladolid, Loyola y Santa María de Nieva.

Entre las causas más frecuentes por las cuales las ciudades fueron abandonadas, se hallaban las sublevaciones y ataques de los indígenas debido al abuso de los encomenderos, lo cual generaba el temor de los pocos españoles que allí residían. Por otro lado, se hallaban los potencialmente graves problemas de salud, debido al contagio por enfermedades endémicas o epidémicas. Adicionalmente existían las constantes dificultades de abastecimiento en general, ya que este debía realizarse casi exclusivamente por vía fluvial. Finalmente, siempre estaba presente el oculto temor que los nuevos pobladores —quienes eran militares— fuesen requeridos en otro lugar por el virrey o el gobernador de turno.

Esta etapa finalizó en 1570 debido a una gran revuelta de los indios de la etnia *jíbaro* contra los encomenderos españoles, debido a los sistemáticos abusos que éstos cometían. Los *jíbaros* destruyeron e incendiaron varias ciudades a lo largo de una rebelión que duró un año y que marcó el fin de un periodo corto, pero lleno de vicisitudes. A este hecho hay que agregar la constante necesidad de repoblar las ciudades recién fundadas, o peor aún, volver a trazarlas y reedificarlas completamente.

En el último tercio del siglo XVI, comenzó la segunda etapa que duró hasta 1635. Durante este periodo se retomó activamente el impulso fundacional. A comienzos de 1574 se había definitivamente calmado la violencia desatada por el levantamiento de los *jíbaros*, renaciendo entonces la atracción por el establecimiento de nuevas ciudades. La vinculación de estas con el hallazgo de ríos que arrastraban arenas auríferas, condicionó su ubicación y establecimiento. Fue así que surgieron ciudades con las denominaciones de Sevilla del Oro (hoy Macas, situada a orillas del río Upano en Ecuador), Logroño de los Caballeros (fundada en 1568 y más tarde llamada Logroño del Oro y Alcalá del Río Dorado. También pertenecen

a este periodo las ciudades de Baeza de la Nueva Andalucía, Avila (segunda fundación), Archidona, Maspá y otras. Paralelamente se repoblaron dos ciudades que fueron abandonadas entre 1560 y 1570: Santiago de las Montañas y Santa María de Nieva, las cuales constituyeron un puesto de avanzada, para el futuro desarrollo de las reducciones misionales jesuíticas.

La riqueza generada por el oro se convirtió en el eje de la economía local. Un ejemplo de la abundancia y calidad de las arenas y pepitas de oro extraídas de los placeres situados en la Alta Amazonia, aparece señalado en las Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito donde se afirma que “[...] han descubierto y labrado muchos mineros de oro y se labran, en que se han sacado puntas y granos de gran grandor, como ha sido la que tiene Su Majestad en poder de su guardajoyas, que pesa más de dieciocho libras [...]” (Ponce Leiva, P. 1994:101). La explotación de este mineral fue tan importante que la Corona dispuso el establecimiento de una Caja Real en la ciudad de Logroño del Oro.

Concomitantemente entre 1560 y 1590, la mano de obra se contrajo hasta en un 90%, debido a que los indígenas o bien se sublevaban y enfrentaban con los españoles —debido a los constantes maltratos y abusos— y eventualmente morían en la conflagración, o huían en la espesura del monte, donde no era fácil hallarlos. La recurrente falta de mano de obra para explotar los ricos lavaderos de oro de la región, condujo a que los españoles diesen inicio a las denominadas “correrías”, que continuaron en auge durante todo el siglo XVII. Estas eran expediciones breves, llevadas a cabo en territorios amazónicos escasamente explorados, con el objetivo de capturar indígenas y conducirlos de manera forzada a trabajar para los españoles.

Los frecuentes ataques de los indígenas a las ciudades de Santiago de las Montañas y Santa María de Nieva, obligó al virrey Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, ordenar al corregidor de Yahuarzongo, Diego de Tarazón la ejecución de una expedición militar para repeler tales acometidas. En 1616 al retornar de dichas jornadas, un grupo de soldados en forma casual y después de sortear con mucha dificultad el Pongo de Manseriche, se encontró con algunos pobladores “amistosos” pertenecientes a la etnia *maynas*.

Poco tiempo después fue nombrado como corregidor de Yahuarzongo, don Diego Vaca de Vega y en virtud de su cargo, solicitó al virrey del Perú, Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache, el permiso necesario para fundar ciudades estables en el área donde fueron hallados los indios *maynas* antes mencionados<sup>5</sup>. Con las capitulaciones de 1617, no solamente obtuvo Vaca de Vega el consentimiento de fundar nuevas poblaciones, sino también la de pacificar con más dureza los indios que se sublevasen en la región. El texto enviado señalaba además que: “[...] para mejor hacer y para mayor seguridad en Vuestra conquista y pacificación poblaréis en el dicho sitio [...] una ciudad que se llame San Francisco de Borja [...]” (Anda Aguirre, A. 1955: 37-41) lo que constituía un claro designio para enaltecer al santo vinculado con la casa nobiliaria del virrey.

---

<sup>5</sup> Las capitulaciones entre el virrey y Vaca de Vega de 1617 le concedieron además a este último el “*título de Gobernador y Capitán General de las dichas provincias de los Maynas, con los Cocamas, Jíbaros y las adyacentes a ellas por dos vidas, la suya y la de un sucesor que nombrare, con término de ciento cinquenta o doscientas leguas, con tres mil pesos de oro de salario de los frutos y aprovechamiento de la tierra*” (Anda, A. 1955: 37).

La ciudad se fundó a finales de 1619 e inmediatamente fueron repartidos indígenas a los cuarenta y dos encomenderos que había<sup>6</sup> y “[...] dio ciento cincuenta indios a cada uno de los cabezas y oficiales y a los demás dio veinte o quince [...] a pesar de no haber logrado reducir a todos los naturales, contentó a la mayoría de su gente, pues, por lo menos dio a los soldados uno o dos indios para el servicio de su casas” (Vacas Galindo, E. 1902: 412-414). Tales encomiendas tenían adicionalmente la total libertad de hacer trabajar a los indios en los placeres de oro.

La fundación de la ciudad de Borja no significó que los levantamientos indígenas cesaran. Muy al contrario, fueron necesarias diversas campañas militares contra los *jíbaros* y posteriormente contra los *cocamas*. El gobernador llevó a cabo este último intento de pacificación en compañía de su hijo mayor Pedro Vaca de la Cadena, con 50 soldados y 400 indios armados de arcabuces. En 1620, después de haber fracasado en su intento de pacificar a los *cocamas* y viendo que era necesario reunir un mayor número de soldados, Diego Vaca de Vega salió de Borja, dejando a su hijo a cargo de la gobernación. En Piura y Paita consiguió unos ciento cincuenta soldados que despachó de inmediato a su hijo. Sin embargo, él no regresó nunca más a Borja y se asentó en Loja, donde desempeñó un cargo público hasta su muerte ocurrida en 1627.

Fue así que don Pedro Vaca de la Cadena quedó como “Gobernador y Capitán General de los maynas y demás conquistas del Marañón”. En un primer momento, la situación pareció un tanto estabilizada, a tal punto que se llegaron a contar ocho mil indios catequizados y bautizados. La zona era productora de cacao, tabaco y algodón, sin contar que los pobladores eran diestros tejedores. Sin embargo, las enemistades de los españoles con los indios de la etnia *cocama* eran permanentes. En 1635 mientras el gobernador se hallaba momentáneamente en Quito, comenzó el alzamiento de un puñado de indios *maynas*, que en breve fue aglutinando a otros muchos indígenas de los lugares cercanos a Borja, hasta transformarse en una sublevación que superaba el millar de individuos. La ciudad fue asolada y saqueada y en los enfrentamientos murieron muchos españoles.

Al conocer la noticia, don Pedro Vaca de la Cadena obtuvo del Presidente de la Real Audiencia de Quito, el doctor Antonio de Morga, las licencias necesarias y partió con un contingente de veinte soldados para castigar a los indios insurrectos. Pero al mismo tiempo, llegó a la conclusión que para lograr una pacificación duradera, no sólo era necesario sancionar a los rebeldes, sino que era imprescindible lograr una “buena cristiandad”. Para conseguirla pensó que sería de suma utilidad sustentarse en los religiosos de la Compañía de Jesús.

Fue así que el 6 de febrero de 1638 ingresó a la ciudad de San Francisco de Borja<sup>7</sup>, acompañado por un grupo de soldados y con los dos primeros jesuitas, que fueron los P.P. Gaspar de Cugía y Lucas de la Cueva. Su primer trabajo fue pacificar a los indígenas y para alcanzar este objetivo, consiguieron del gobernador un “perdón general” para aquellos que formaron parte de la rebelión. Este fue el primer paso que posibilitó el establecimiento de la misión de Maynas.

<sup>6</sup> Cuando entraron los jesuitas a Borja en 1638 solamente quedaban unos doscientos indios tributarios, que con sus mujeres y niños no llegarían a las dos mil almas. (Figuerola, F. 1661).

<sup>7</sup> En 1638 el poblado de Borja “decorado con el pomposo nombre de San Francisco de Borja” era una agrupación de casas, chozas y bohíos habitada por unos cuarenta españoles, sin contar a las mujeres y niños, todos ellos mestizos. (Jouanen, J. 1941).

### 3.- Las condicionantes del urbanismo jesuítico en Maynas (1638-1768)

La misión comenzó propiamente en 1638 y se desarrolló de manera continua, aunque con infinitos conflictos y con un ritmo muy desigual, hasta 1768.<sup>8</sup> En conjunto, podemos afirmar que a pesar de los inmensos esfuerzos realizados, nunca logró el nivel de permanencia, solidez y autonomía que hubiesen facilitado su florecimiento. Por el contrario, fue una misión conflictiva y con logros temporales y espaciales muy aislados, tanto en sentido catequístico, como a nivel de permanencia de las reducciones sobre el territorio. Los principales motivos asociados con esta inestabilidad pueden sintetizarse como los siguientes:

- a. La escasa preparación de los religiosos para trabajar en un medio cultural y ecológico tan diferente a todo lo conocido por entonces. Esto se tradujo en una lenta y difícil adaptación, muchas veces acompañada con graves y prolongadas enfermedades de los misioneros.
- b. El número relativamente pequeño de sacerdotes que misionaron<sup>9</sup>, frente a un territorio muy extenso en el cual los desplazamientos eran necesariamente lentos y difíciles, con las reducciones situadas a distancias muy variables entre sí, las que podían oscilar desde solamente un día hasta más de una semana de navegación. Esto tuvo como consecuencia que un misionero tuviese a su cargo un mínimo de dos o tres reducciones, que en ciertos casos llegaron a ser cuatro o cinco<sup>10</sup>, lo cual condicionó a que los religiosos pasasen poco tiempo en algunas de ellas. Esta falta de permanencia desencadenó el abandono de las reducciones y la dispersión de sus pobladores.
- c. El temor que los indígenas sentían por los soldados. Las disposiciones vigentes señalaban que los misioneros debían viajar con escolta militar, en particular para realizar las nuevas “entradas” o expediciones con la finalidad de evangelizar en territorio no explorado con anterioridad. Esto contrastaba notoriamente con el desempeño de los jesuitas en las misiones de Moxos y Chiquitos (en la actual Bolivia) y del Paraguay, donde no se permitía el ingreso de militares en las zonas de conversión. Contemporáneamente, esta situación dejaba a los misioneros en abierta desventaja, ya que las relaciones entre los soldados y la población indígena nunca estuvieron exentas de temores y tensiones.

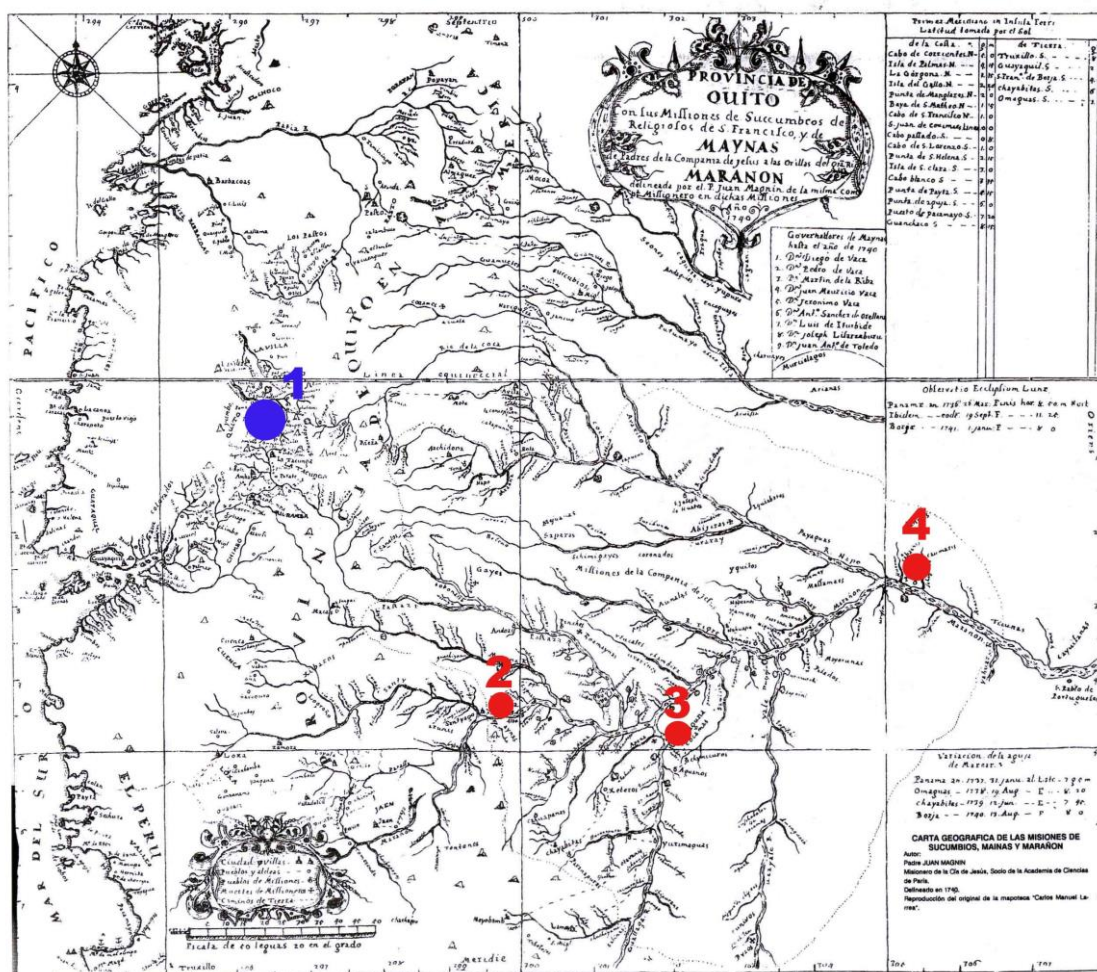
---

<sup>8</sup> Si bien el rey Carlos III decretó el extrañamiento perpetuo de los jesuitas de los dominios españoles de América el 3 de abril de 1767, éste fue ejecutado a lo largo de más de un año debido a las grandes distancias existentes entre Europa y los dominios ultramarinos. Fue recién en abril de 1768 que llegó a San Joaquín de Omaguas, una carta del Gobernador don Antonio de la Peña, en la cual daba cuenta de la próxima llegada de las autoridades españolas, y al mismo tiempo prodigaba su más sentido pésame por la forzada salida de los jesuitas de la Misión. Esta se hizo efectiva el 29 de octubre de 1768, siendo los jesuitas mainenses los penúltimos en salir de los dominios españoles, ya que los últimos fueron los misioneros que se hallaban en Filipinas.

<sup>9</sup> La información acerca del número de jesuitas que misionó en Maynas varía entre un cronista y otro, debido en parte a que algunos de ellos consideraron solamente a los sacerdotes, mientras que otros hicieron el cálculo incorporando a los hermanos coadjutores.

<sup>10</sup> La propuesta jesuita de evangelizar mediante misiones “itinerantes” o “volantes” había tenido un relativo éxito en las áreas costeras y andinas del virreinato del Perú. Sin embargo, dicha estrategia fue un total fracaso en la región amazónica, ya que los indígenas requerían de la constante permanencia de un religioso, para evitar que su mundo animista los volviese a atraer irremediamente una y otra vez.





Mapa de la Misión de Maynas, delineado por el P. Juan Magnin en 1740. En la imagen: 1) ciudad de Quito, 2) Reducción de San Francisco de Borja y 3) Reducción de Santiago de la Laguna, ambas en la misión alta del Marañón; 4) Reducción de San Ignacio de Pebas en la misión baja del Marañón. Fuente: reproducción del original de la mapoteca "Carlos Manuel Larrea", Ministerio de Relaciones Exteriores, Quito, Ecuador

- d. El desconocimiento de las lenguas locales, las cuales llegaron a ser muchas. Algunos cronistas señalan que fueron más de un centenar<sup>11</sup>. Esta dificultad llevó a la imposición del quechua como lengua general, haciendo imprescindible la captura de algunos pobladores de áreas no evangelizadas, para ser entrenados en la "lengua general del inga". Estos posteriormente sirvieron como intérpretes, para promover la reducción de las nuevas etnias contactadas en las profundidades de la selva, a poblados ribereños permanentes. El quechua finalmente tampoco se convirtió en una lengua general para comunicarse fácilmente, ya que la mayor parte de los habitantes nunca la llegó a

<sup>11</sup> Para el P. Antonio Vieira el total de lenguas que se hablaban en el Marañón superaba las ciento cincuenta, mientras que según el cronista jesuita Juan de Velasco, estas fueron unas cuarenta. El cronista franciscano Fr. Francisco Compte señalaba que fueron solamente veintisiete. Las marcadas diferencias entre las afirmaciones de los diversos cronistas puede residir en el hecho que estos no precisaron en sus escritos el área geográfica que ellos denominaban "el Marañón". Una segunda posibilidad es que no fuesen en todos los casos lenguas individuales, sino más bien grupos lingüísticos.

aprender, y por lo tanto se vieron obligados en muchos casos a depender de terceros para poderse comunicarse con los religiosos.

- e. La dispersión de la población indígena a cristianizar, ya que los habitantes se hallaban a distancias considerables entre sí<sup>12</sup>. Para los misioneros “reducir” con objeto de evangelizar, fue el fundamento de su estrategia. No obstante y a pesar que realizaron infinitos esfuerzos, frecuentemente los indígenas se negaron a reducirse por no ser este su modo de vida. Su economía estaba basada en la caza, la pesca y la horticultura de “roza y quema”, la cual no les permitía permanecer en un mismo lugar a lo largo de todo el año.
- f. La resistencia de los líderes indígenas a ser reducidos<sup>13</sup> y la reinterpretación de los gestos llevados a cabo por los sacerdotes durante los rituales, los impulsaba a dispersarse nuevamente. A manera de ejemplo, baste mencionar que cuando el sacerdote los inscribía en el Libro de Bautismo, pensaban que lo hacían con la intención de entregarlos a los españoles para el servicio personal.

La aproximación de los jesuitas a las etnias amazónicas, se desenvolvió de varias maneras en las diferentes etapas de la misión. El planteamiento general era el de tratar de ganarse la confianza de los pobladores, para convencerlos de las ventajas que representaba vivir en un poblado estable. Para reforzar estas condiciones propuestas, los religiosos regalaban sistemáticamente abalorios de vidrio, anzuelos y herramientas de metal (tales como cuchillos, barretas, hachas, machetes, punzones y otros), siendo estas últimas muy apreciadas.

Considerando que los jesuitas no pudieron proveer en forma constante dichas herramientas a todos los pobladores reducidos, estos utilizaron el argumento como intimación a la dispersión de la población. En muchos casos no fue una simple amenaza, sino que al menor descuido del religioso encargado de la reducción o durante alguna breve ausencia del misionero, los indígenas se volvían a dispersar en la selva.

En aquellas situaciones de fuga, es decir cuando los indígenas que ya habían vivido un tiempo en las reducciones, se escapaban abandonando el poblado, los religiosos organizaban su búsqueda, utilizando preferentemente un acompañamiento de indígenas, posiblemente de la misma etnia, con la intención de ubicarlos y llevarlos de regreso. Los casos de esta naturaleza, narrados por los misioneros fueron frecuentes:

“[...] dicha [la] Misa y tomado algún refrigerio, despedí la canoa con la mitad de la gente, y con la restante subí por el monte al dejado pueblo de Amaones, por encargo

<sup>12</sup> La falta de un mayor número de misioneros para emprender este gigantesco proyecto se agravaba por las grandes distancias. Entre la ciudad de San Francisco de Borja y las más lejanas reducciones establecidas por el P. Samuel Fritz, en la confluencia del río Amazonas con el río Negro, cerca de Manaos en el actual Brasil, había una distancia que superaba los 1900 km de selva virgen impenetrable. Aun a escala local, las distancias entre reducciones era notable, si se toma en cuenta que el medio de transporte fueron las canoas. Entre Borja y Concepción de Jeveros había ocho días de navegación, mientras que a Santa María del Guallaga había nueve días de ida y doce de regreso, ya que en este último debían bogar contra la corriente. Para llegar a Santa María del Ucayali había dieciocho días de navegación. Al respecto se pueden consultar Francisco Figueroa (1661), Manuel Uriarte (1775) y Juan de Velasco (1788).

<sup>13</sup> Todos los cronistas hacen referencia a una constante actitud de rechazo de los líderes y/o shamanes. Esto fue debido en parte a la pérdida de poder social a que se veían expuestos y al hecho que en la mayor parte de las etnias, los individuos vinculados con la estructura del poder practicaban la poligamia, que fue rechazada y prohibida por los misioneros.

que tenía del Padre Vicesuperior y por ver si encontraba cimarrones huidos. A la tarde llegué bien fatigado y me aposenté en un pedazo de la que fue la iglesia; registré los escondrijos y cucameros y sólo encontré dos o tres personas, a quienes quité todo temor, y persuadí volvieran a Omaguas. Toda la noche la pasé en vela, ya paseándome, ya en red, o hamaca, así para que no se me huyesen los cimarrones como por la inundación de zancudos”. (Uriarte, M. 1986: 189).

Otro de los obstáculos concomitante y siempre presente, fue el sustento económico de las reducciones. Este se basaba de una parte, en el financiamiento que les proveía la Corona española a través del Sínodo Real, que recibían los misioneros a manera de estipendio. Por otro lado, también recibían los ingresos generados por atender los curatos de Borja y Archidona<sup>14</sup>. Estos fondos sin embargo, fueron insuficientes para una misión que estaba en pleno desarrollo, particularmente a partir del último tercio del siglo XVII, cuando esta comenzó su acelerada expansión sobre territorios de la selva baja o llano amazónico. Los jesuitas lucharon siempre para intentar que las reducciones fueran económicamente autosuficientes, sin lograrlo nunca plenamente<sup>15</sup>.

La producción local —particularmente en la selva baja— estuvo limitada a productos tales como la canela, cacao, cera y hamacas las cuales eran comercializadas en Quito o en Lamas. De cualquier manera, estos bienes eran escasos en volumen y de poca calidad, por lo cual recibían exiguos bienes a cambio. En la ciudad de Lamas se intercambiaban tales productos con lonas, así como con las denominadas “mantas de Lamas”<sup>16</sup>. El comercio con Quito suponía el envío de un “despacho” anual, conformado por varias embarcaciones grandes de carga y otras más ligeras o “mitayeras”. El viaje de ida y vuelta duraba generalmente seis meses, considerando la enorme distancia que debían recorrer navegando por ríos caudalosos, en una geografía compleja, con muchas enfermedades endémicas. Desde Quito traían ropa para los indígenas, herramientas y suplementos de hierro, medicinas, animales vivos (puercos, palomas, gallinas), azúcar, arroz, harina para la elaboración de las hostias, vino de misa, bizcochos, carne seca, abalorios, ornamentos para las iglesias y otras muchas cosas. Cuando las reducciones comenzaron a extenderse hacia el llano amazónico, multiplicándose el número de fundaciones a partir de 1690, la crisis económica se hizo cada vez más patente. En 1740, la Orden decidió adquirir cuatro

<sup>14</sup> A finales de 1666 la Real Audiencia confirmó los curatos de Borja y Archidona a los religiosos de la Compañía de Jesús. El presidente de la Audiencia de Quito había solicitado al Real Patronato un sínodo de cuatrocientos pesos ensayados tanto para Archidona, como para Borja, libres de mesada y pagaderos en las Cajas Reales de Quito. El argumento para pedir tal sínodo fue que los misioneros habían levantado trece iglesias tierra adentro. En 1670 les fueron al fin confirmadas estas disposiciones, con alguna excepción en cuanto a la pensión. En relación al diezmo, la Real Audiencia había pedido que fuesen eximidos, debido a la gran pobreza de las tierras y sus pobladores.

<sup>15</sup> Hay que tomar en consideración que los escritos procedentes de tierras americanas eran muy codiciados en España, y solían publicarse porque eran el medio a través del cual el rey difundía las noticias del florecimiento de la fe en mundos remotos y peligrosos. De esta suerte los éxitos obtenidos en las misiones del Paraguay, que posteriormente inspiraron las de Moxos y Chiquitos (Bolivia actual), infundieron en los misioneros mainenses un ideal que debían intentar alcanzar. Para su consecución lucharon tenazmente, pero una multiplicidad de factores se lo impidieron a lo largo de los 130 años que duraron las misiones de Maynas.

<sup>16</sup> Las mantas de Lamas fueron tejidos finos de algodón con diseños pintados, producidos y comercializados en esta ciudad. Fueron empleadas como ornamentos en todas las iglesias de Maynas. Un documento señala por ejemplo, que una de estas mantas fue enviada por el P. Manuel Uriarte a su hermana, que era religiosa dominica en Santa Cruz de Vitoria en España.

haciendas, en las proximidades de Quito, con la finalidad que sus ingresos sirviesen íntegramente para financiar y promover las actividades de los misioneros.<sup>17</sup>

A pesar de los grandes altibajos en la evolución de la misión con ciclos de crecimiento, intercalados por periodos de retroceso, los jesuitas llegaron a fundar a lo largo de 131 años, un total de 152 poblaciones entre reducciones y anexos. Muchas de estas tuvieron una duración efímera, mientras que otras lograron tener una sólida permanencia territorial y en ellas los jesuitas pudieron alcanzar una significativa catequesis. En conjunto es posible afirmar que solamente 106 reducciones consiguieron una relativa estabilidad a través del tiempo y los conflictos que las rodeaban. Estas se hallaban situadas en cuatro distintas regiones geográficas y como tales conformaron las cuatro misiones que componían el Maynas jesuítico a partir del último tercio del siglo XVII. Si bien el número y la ubicación geográfica de las reducciones variaban con gran rapidez, podemos afirmar que hacia 1740 existían 71 poblados en funcionamiento, organizados espacialmente de la siguiente manera:

- La misión alta del Maraón, con su cabecera en la ciudad de San Francisco de Borja y distribuida en 27 reducciones.
- La misión baja del Maraón (Amazonas), con 17 reducciones y su sede principal en San Joaquín de Omaguas. Habría que agregar las 35 que se perdieron con la irrupción de los portugueses en los poblados de las orillas e islas del río Amazonas en 1710.
- La misión del Pastaza conformada por 6 reducciones, que dependían de San Francisco de Borja.
- La misión del Napo compuesta por 21 reducciones, 9 de las cuales estaban en el río Aguarico. Todas ellas estaban subordinadas a la cabecera de la misión baja, que fue San Joaquín de Omaguas.

Menos de tres décadas después, cuando los jesuitas se vieron forzados en 1768 a abandonar definitivamente Maynas y tomar la ruta del exilio, quedaban tan sólo 33 reducciones a cargo de 21 religiosos y un hermano coadjutor<sup>18</sup>. Evidentemente observamos una drástica disminución de la presencia misionera jesuítica en la Amazonia, que se tradujo en la reducción considerable del número de poblados. Este momento histórico no fue único, ya que los establecimientos poblacionales transmutaban etapas de florecimiento como la de 1702-09, con otras de profunda crisis como la de 1763-68. Esta rápida alternancia se debió a diversos factores, entre los cuales el más significativo fue la oleada de epidemias que asolaban la región.

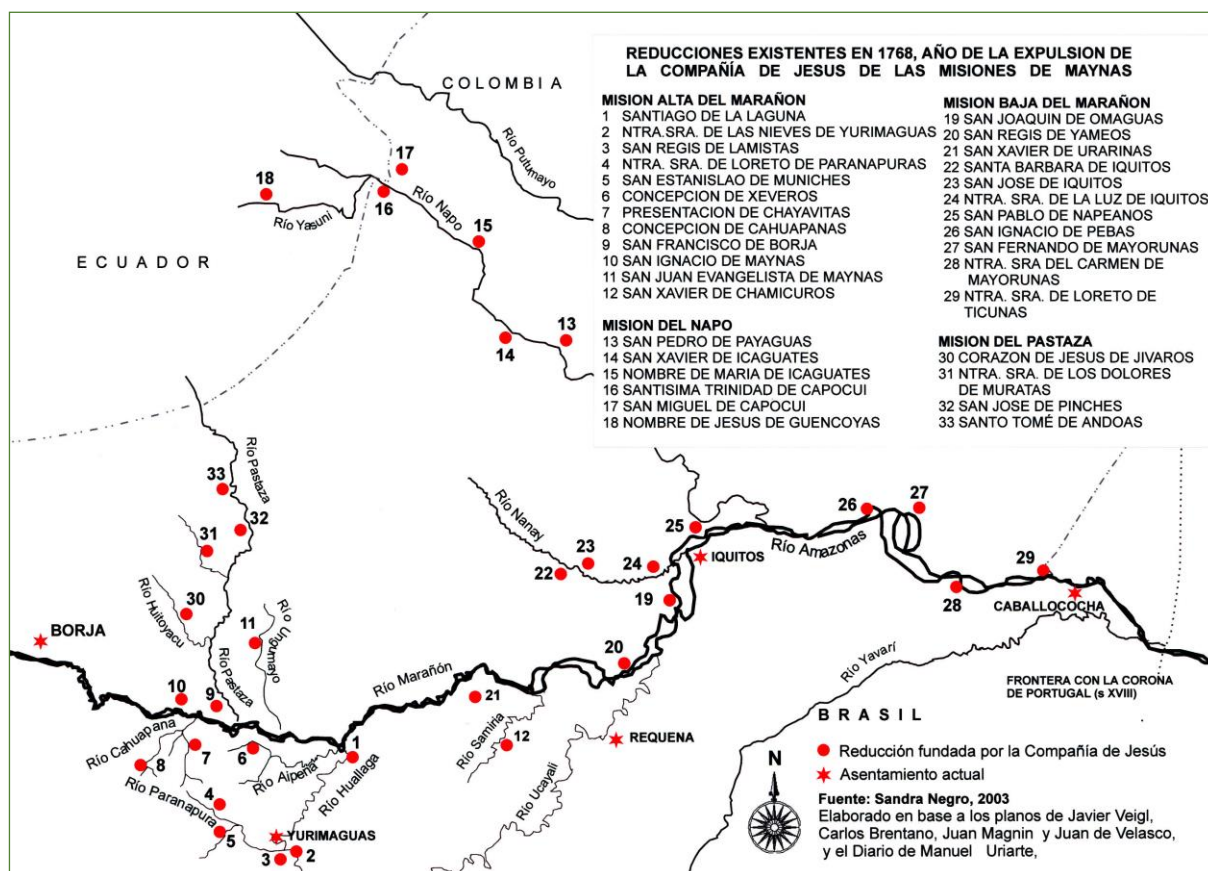
Las dificultades generadas por las plagas de viruela, catarros y fiebres no identificadas, así como las de sarampión, disentería y paperas, son una constante a tomar en consideración dentro del desenvolvimiento de la misión. Existe un nexo directo entre estas enfermedades masivas y el urbanismo misional. Cuando los religiosos llegaron a Maynas quedaron impresionados ante la visión de una densa selva, tupida y húmeda. No había muchas soluciones viables para trasladarse de un lugar a otro. Por vía terrestre era definitivamente

<sup>17</sup> Según lo expresado por Nicholas Cushner, para sustentar la misión de Maynas, el Colegio Máximo de Quito adquirió el obraje de Yaruquí y las haciendas de Cancagua, Urupanta y Caraburo, todas situadas en las inmediaciones de Quito. Evidentemente esto no se tradujo en un inmediato beneficio y alivio económico para la postrada misión, ya que menos de tres décadas más tarde los jesuitas fueron extrañados de Maynas y de América, sin haber aprovechado a cabalidad las eventuales ganancias generadas por las señaladas propiedades.

<sup>18</sup> Acerca del número y ubicación de los pueblos reduccionales en el año de la expulsión, se puede consultar el texto de Sandra Negro (2004).



imposible, no sólo por la abrupta e inhóspita geografía, sino porque estacionalmente muchas áreas se hallaban completamente inundadas. La única alternativa —utilizada además por las numerosas etnias de la amazonia— fueron los ríos. Esto supuso que la navegación fluvial en canoas, balsas, piraguas, almadías y mitayeras fuese su única posibilidad. Evidentemente por este medio no solamente se desplazaron los jesuitas, sino también los soldados y autoridades locales. Igualmente por vía fluvial fueron trasladadas todas las mercancías que iban y venían a Quito, Lamas y otros varios puertos fluviales menores. Con este movimiento de personas y bienes, ineludiblemente se allanó el camino arrasador a los cíclicos azotes de pestes, que en ciertos episodios se transformaron en verdaderas pandemias.



Reducciones jesuíticas existentes en 1768 en el territorio con la frontera establecido con la corona de Portugal en 1768, que era la confluencia de los ríos Amazonas y Yavarí. Del total de las 152 reducciones establecidas a lo largo de 130 años, al momento de la expulsión quedaban en funcionamiento solamente 33. Imagen: propia, 2003.

En Maynas ocurrieron 33 epidemias mayores documentadas, entre las cuales la más frecuente y grave fue la de viruela<sup>19</sup>. En algunos casos éstas se extendieron con gran rapidez, ya que individuos que todavía no presentaban los síntomas, transmitían la enfermedad a través de los ríos de una reducción a la siguiente. Es probable que el número de plagas haya sido mucho más elevado, ya que los brotes regionalmente aislados y contenidos, posiblemente estuvieron consignados en crónicas que hoy no están a nuestro alcance. Este se debe a que en 1742 se incendió accidentalmente la iglesia de Santiago de la Laguna, quemándose irremediamente todas las Cartas Anuas que allí se conservaban, con importantísima información relativa al

<sup>19</sup> En relación a las epidemias se pueden revisar los textos de Waltraud Grohs (1974) y Anthony Stocks (1981).

desarrollo misional. Finalmente y como corolario de la expulsión definitiva de los jesuitas de Maynas en 1768, varias crónicas se extraviaron irremisiblemente. Entre estas podemos señalar las pertenecientes a los P.P. Carlos Brentano<sup>20</sup>, Adam Widman<sup>21</sup>, Enrique Francen<sup>22</sup> y Francisco Javier Plindendolfer<sup>23</sup>.

Las consecuencias inmediatas de estas epidemias fueron las grandes oleadas de enfermos y la falta total de medicinas para paliar las fuertes fiebres. El resultado final fue la muerte de un gran número de indígenas y consecuentemente el despoblamiento repentino de las reducciones. Al respecto y para citar tan sólo un testimonio, de los cuantiosos que hallamos en las crónicas maynenses, reseñamos lo escrito por el jesuita Francisco de Figueroa:

“[...] con esta fuga recibió grande daño y mengua esta reducción [Santa María del Guallaga]. No fue menor sino mucho mayor el de la peste de virhuelas que por esse mesmo tiempo entró y cundió en estas montañas, traída de fuera por los que iban y benian de Moyobamba, é hizo lastimoso estrago en las provincias pacíficas [...] aumentan las enfermedades con los géneros de comidas y bebidas que usan, ayunos que observan [...]. Era cosa horrorosa ver a los enfermos y cuerpos muertos por los arenales del río Guallaga adonde se habían retirado para bañarse, en los ataques de fiebre, comidos de gallinazos, otras aves o de fieras. Los huesos fueron barridos por el río en sus crecientes. En 1661 el pueblo no tenía sino cuarenta indios, que con las mujeres y niños llegarían a unas cien personas” (1986: 198).

Con gran frecuencia aquellos que sobrevivían huían espantados al monte y a la espesura de la selva, regresando con gran rapidez a sus creencias precedentes. Todo este conjunto desafortunado de situaciones y consecuencias, desestabilizaba todavía más la precaria situación de las reducciones jesuíticas.

<sup>20</sup> El P. Carlos Brentano quien había estado en las misiones desde 1728, escribió un extenso texto titulado “*Loyolaei Amazonici Prolusiones historicae, sive Commentarius rerum gestarum a PP: Provinciae Quitensis as anna 1638 ad usque 1738 ad Mágnum Maragnonem seu Amazonum fluvium*”. De acuerdo con Velasco, la parte dedicada a la historia natural contenía gran número de dibujos coloreados de la flora y fauna amazónicas. Cuando salió de las misiones hacia 1748 para ir a Roma como Provincial, y posteriormente a Madrid como Procurador, llevó consigo su diario con la intención de publicarlo. En 1752 durante un viaje de regreso desde Italia a España, le sorprendió la muerte en un pequeño poblado próximo a Génova (Italia), y debido a que se hallaba solo, sus preciosos textos se extraviaron.

<sup>21</sup> Este religioso llegó a Maynas en 1728 y permaneció las misiones durante cuarenta años sin salir jamás de allí a lugar alguno. Velasco señala que “[...] se levantaba siempre a media noche y encaminándose luego a la iglesia, permanecía de rodillas en oración hasta la mañana”. La crónica que redactó constaba de varios tomos acerca de la historia de las misiones. Sus fuentes fueron las propias experiencias misionales y la lectura de las copias manuscritas de las crónicas e informes redactados por otros jesuitas, así como la revisión de las Cartas Anuas. Todo este material se hallaba en la biblioteca de la Compañía de Jesús, situada en la reducción de Santiago de la Laguna. Lamentablemente no sabemos qué sucedió con su crónica, aunque Widman se hallaba entre los jesuitas que abandonaron Maynas en 1768. Desconocemos si logró enviarla fuera de la misión antes de la ejecutoria del extrañamiento o si la llevaba consigo y la destruyó por orden de su Superior cuando ingresaron al territorio luso en el Amazonas.

<sup>22</sup> Este religioso estuvo en Maynas durante treinta y seis años, y falleció en Andoas el 30 de mayo de 1767. Su texto era muy completo y documentado, pero desconocemos lo ocurrido con esta crónica.

<sup>23</sup> El P. Javier Plindendolfer fue uno de los veintidós jesuitas que salió al exilio en 1768. Se hallaba entre aquellos que llevaron consigo sus crónicas. Al llegar a la frontera portuguesa y a instancias de su Superior, el P. Francisco Javier Aguilar, debieron quemar todas las cartas, apuntes y textos relativos a Maynas. Plindendolfer sin embargo, hizo caso omiso de la recomendación y logró sacarla subrepticamente escondida dentro de su almohada. Supuestamente llegó a Europa, pero nunca fue publicada. Actualmente desconocemos si todavía existe, olvidada tal vez en alguna biblioteca a la espera de ser redescubierta.

#### 4.- El urbanismo misional.

La modalidad de asentamiento propuesta para la evangelización en todos los territorios misionales fue la reducción o establecimiento de poblados, conceptualmente permanentes. En el caso particular de Maynas, el misionero debía lograr agrupar o “reducir” a los pobladores de las distintas etnias amazónicas, para poder desarrollar una cristianización más profunda y permanente.

En un intento por resolver los retos más inmediatos los religiosos intentaron —con aproximaciones diversas a través del tiempo— congregarse a las tribus amazónicas, para así “sacar del monte las almas”. El objetivo fundamental era convencerlos a que viviesen en poblados sedentarios, lo que trajo consigo un sinnúmero de rechazos y rebeliones. Estas se debieron principalmente a que los pobladores amazónicos desarrollaban una economía de subsistencia, la cual exigía un cíclico desplazamiento de los habitantes.



Perú, provincia de Rioja, Bajo Naranjillo: vivienda aguaruna actual. Imagen: Miguel Humberto Fuentes, 1997.

Con la evangelización como propósito cardinal, las reducciones se convirtieron en el núcleo elemental para la cristianización de los infieles, y de manera semejante los ríos se transformaron en sus principales vías de comunicación. Aunque estos últimos fueron un factor determinante en la localización de las reducciones y aunque los asentamientos estuvieron emplazados próximos a las orillas, siempre se intentó hallar espacios físicos sobre-elevados, para mantenerse protegidos de las intensas inundaciones estacionales.

Aunque concurrieron rasgos comunes, no es posible sustentar la existencia de un único y rígido patrón que regulase la formación y organización espacial de las reducciones. Las primeras propuestas se fueron ensayando y modificando. Esto no resultó difícil ya que sobraban las oportunidades, porque frecuentemente resultaba imprescindible fundar un poblado por segunda o tercera vez y en ciertos casos todavía más veces. Solamente desde el



último tercio del siglo XVII es posible determinar con mayor claridad la propuesta de un diseño reduccional, el cual con ligeras variantes se difundió a todos los poblados de la misión.

Entre las principales razones por las cuales una reducción debía fundarse más de una vez tenemos:

- a. Cuando el poblado había sido emplazado en un lugar inadecuado. Esto podía ocasionar que se hallase expuesto a inundaciones periódicas o encontrarse excesivamente próximo a los indeseables pantanos. Otra causa frecuente, fue el cambio natural en el recorrido del cauce de los ríos, lo cual ocasionaba que en breve tiempo, las poblaciones ribereñas terminasen muy alejadas de la orilla y rodeadas por la espesura de la selva. Este hecho fortuito inutilizaba el embarcadero de la reducción e imposibilitaba en uso del río para los aprovisionamientos. Es ilustrativa una descripción relativa a la reducción de Santa María de Guallaga, realizada por el P. Rodríguez (1680) quien refiere:

“[...] era un sitio donde se hallaba húmedo en demasía y se inundaba algunas veces con las crecientes del río. Pudríase la ropa, libros y todo lo demás [...] se veían los naturales obligados a correr por acá y por allá, en busca de sustento [...] todo esto era de grande detrimento para la enseñanza religiosa. Por estas causas mudó el pueblo el P. Raimundo de Santa Cruz. Escogió para la nueva población, un sitio más río arriba, donde hay tierras más altas sobre el nivel del río, en una pequeña loma [...]” (Rodríguez, M. 1990: 28).

- b. La evasión masiva de los indios hacia la frondosidad del monte. Esta era una constante y podía suceder por motivos nimios. El más frecuente eran cuando sospechaban del sacerdote, debido a las habladurías e insidias de los indígenas descontentos, que atemorizaban a los pobladores afirmando que serían entregados a una encomienda de españoles. Otros motivos fueron los rituales realizados por los religiosos, los cuales tenían gestos y movimientos para ellos desconocidos, que los inquietaban. Finalmente podemos señalar el descontento motivado por la vida sedentaria y las eventuales sublevaciones de las etnias indígenas. Todo esto producía una gran inestabilidad que se transformaba en una frenética huida generalizada, que buscaba desesperadamente volver hacia los patrones de vida ancestrales<sup>24</sup>. Durante tales fugas usualmente incendiaban todas las viviendas y la iglesia, destruyendo completamente la reducción.
- c. Los incendios accidentales en algunos poblados. Si bien se tomaron algunas disposiciones arquitectónicas para evitarlos como veremos más adelante, estos fueron bastante usuales. Con frecuencia se originaban al descontrolarse alguno de los fogones de cocina o también por la eventual caída de los mecheros de cebo de tortuga con que se alumbraban por las noches.<sup>25</sup>

<sup>24</sup> A manera de ejemplo podemos consignar que tan sólo en un periodo de cuatro años se dieron tres sublevaciones. En 1749 se rebelaron un grupo de Payaguas, los cuales atacaron la reducción de los Ángeles de la Guarda de Payaguas. En 1753 casi todas las naciones y poblaciones de la misión del Napo se levantaron, lo que culminó con un intento fallido de asesinar a su misionero, el P. Manuel Uriarte. El religioso mismo narra el episodio en su Diario. Juan de Velasco reseña que Uriarte estuvo “por tres días enteros, con toda la cabeza abierta, desangrando, inmóvil y fuera de su sentido, con todas las apariencias de cadáver” (p.519). En ese mismo año de 1753, los Cahumares del Marañón mataron al P. Joseph Casado.

<sup>25</sup> “A eso de las once estaba yo en la iglesia cuando sentí cerca humareda y oí estallidos de fuego, y al otro lado de la iglesia estaba ardiendo una casa; ésta pegó a la del Capitán y ésta a la iglesia en un momento [...] pegó todas las casas que estaban en lo largo en fila, sin escapar ni una [...] pero gracias a Dios nadie pereció”. (Uriarte, M. 1986:162).

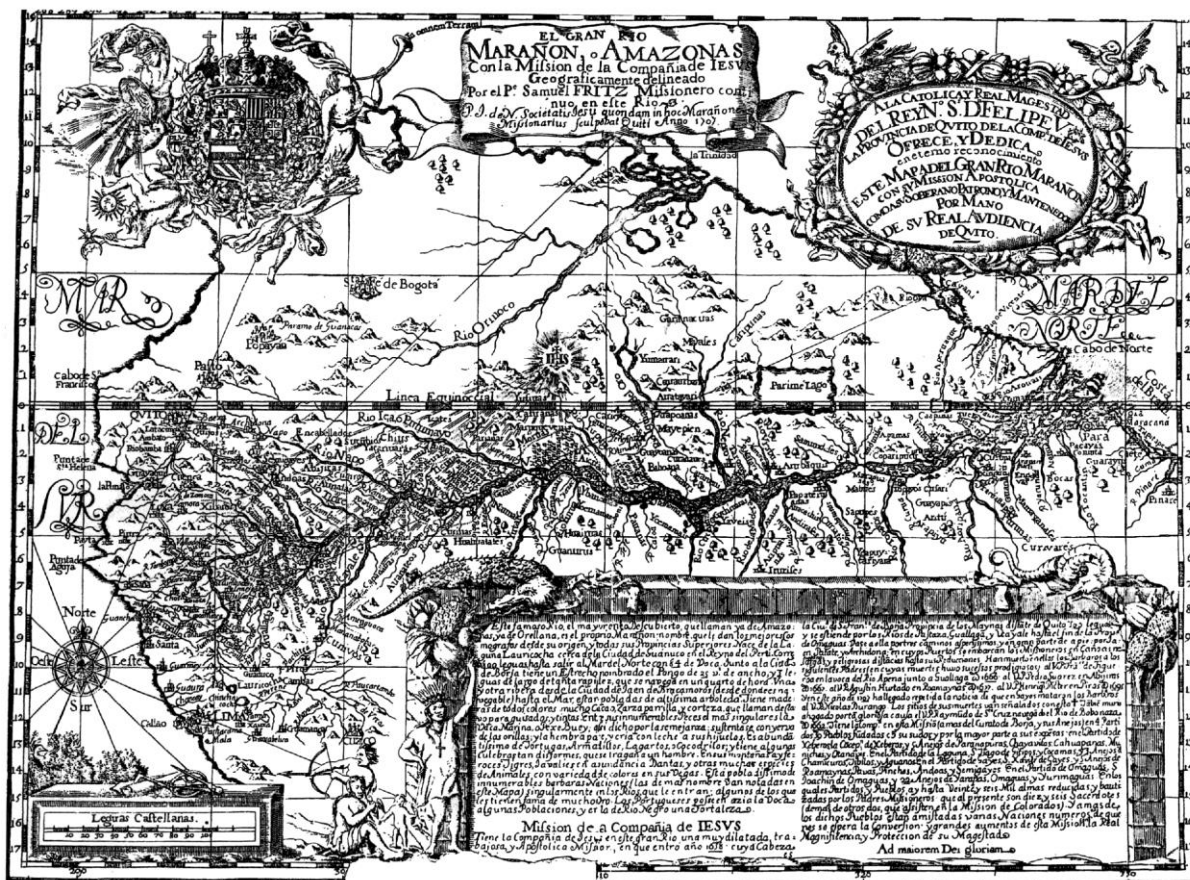


- d. Las epidemias que diezmaron poblaciones enteras y que obligaron a los religiosos a la reubicación de algunas reducciones.<sup>26</sup>
- e. Las periódicas incursiones de los portugueses tanto en los poblados ribereños, como en aquellos situados en las islas del río Amazonas. El motivo de tales correrías era la captura de indígenas para luego esclavizarlos y venderlos. Esta situación ocasionó frecuentes conflictos y refriegas, ante la total indiferencia de los virreyes del Perú. La situación culminante se dio cuando en 1692 el P. Samuel Fritz viajó desde Santiago de la Laguna hasta Lima, con objeto de entrevistarse con el virrey don Melchor de Portocarrero y Laso de Vega, conde de la Monclova. El objeto de la consulta fue exponerle el problema político vinculado con el avance de los portugueses sobre el Amazonas y el grave perjuicio que estaban sufriendo las etnias locales. Para su desencanto el virrey le respondió que: “[...] aquellos bosques en lo temporal no fructifican al rey de España como muchas otras provincias [...] [y que] en estas dilatadas Indias había tierras bastantes para entrambas Coronas [...]” (Fritz, S. 1997: 100). Esta explosiva situación condujo a los misioneros al traslado y re-localización de numerosas reducciones a zonas más seguras y alejadas de la codicia lusa<sup>27</sup>.
- f. Una situación un tanto diferente ocurría cuando una reducción abandonada por sus habitantes, era eventualmente repoblada. Esto sucedía tan sólo en aquellos casos aislados en los cuales los pobladores no la habían incendiado antes de huir. Cuando una reducción era reutilizada, se le otorgaba un nuevo nombre y una nueva advocación, ya que no era la continuación de la anterior, sino un nuevo comienzo. Como ejemplo podemos mencionar la reducción de San Luis Gonzaga, la cual pasó a denominarse San Luis de Tiriri.
- g. Existieron también reducciones que nunca prosperaron, a pesar del esfuerzo de los misioneros. Casi siempre se debía al desinterés de los indígenas a reducirse en un poblado estable. Como ilustración señalamos un caso referido por Manuel Uriarte, quien textualmente escribe:

“Bajé a San Miguel a bautizar y doctrinar, y les animé a que se poblaran en la boca del Aguarico, donde hay una extendida llanura; y desmontando el sitio preciso planté una cruz y di la traza del pueblo, que había de ser: una plaza cuadrada grande, cubierta de casas, quedando el testero cubierto con la casa del Misionero y una huerta hacia el puerto, y en medio la iglesia [...] esperaba sería un gran pueblo [...] mas no lo pude lograr en cuatro años. Proveídos de herramientas y vestuario volví a mi pueblo, Nombre de Jesús [...]” (1986: 111).

<sup>26</sup> Durante los primeros 23 años del funcionamiento de la misión casi no hubo epidemias, pero a partir del año 1660 éstas se multiplicaron. Entre 1690 y 1720 se documentan doce grandes epidemias, que diezmaron intensamente la población reduccional. En 1749 hubo una terrible peste de viruela y sarampión, que involucró a toda la Misión Baja extendiéndose luego por la misión Alta, afectándolas de tal manera que nunca lograron reponerse totalmente. En 1756 una epidemia de viruelas volvió a atacar la Misión Alta afectando intensamente a los pobladores de Borja y Santiago. En 1762 hubo otro brote de viruelas en La Laguna, matando a los pocos que todavía quedaban (Velasco, J. 1981; Chantre, J. 1901 y Uriarte, M. 1986).

<sup>27</sup> Podemos señalar una breve nota para ejemplificar la gravedad del problema. “A 7 de noviembre, mejorado ya de mis achaques, salí de aquí para el pueblo de La Laguna, llevando conmigo a los Aizuares de Guapapaté, a que juntamente con los Yurimaguas, pasen a poblarse en el pueblo viejo de los Cocamillas, Guallaga arriba [...] a principios de diciembre despaché Guallaga arriba a los Yurimaguaa y Aizuares a que fuesen a dar principio a su nueva población, encargándoles al P. Joseph Ximenez, misionero de Muniches”. (Fritz, S. 1997:147).



Mapa del Amazonas delineado por el P. Samuel Fritz en 1707, luego de misionar en la región durante cuatro décadas y haber establecido 38 reducciones en las orillas e islas del río Amazonas. Es la primera planimetría acertada y fiel a la amazonia y supuso una empresa imponente que el autor realizó en solitario, sin escolta alguna. En la tarja del mapa, se señala que la misión de Maynas se extiende por los ríos Marañón (Amazonas), Pastaza, Huallaga y Ucayali hasta el fin de la provincia de Omaguas, área en la que se han reducido y bautizado hasta 26,000 almas. Imagen: Quito, Ecuador, Mapoteca Histórica de Límites, Ministerio de Relaciones Exteriores y Movilidad Humana.

En cuanto al número de habitantes que conformaban una reducción, este era muy variable y dependía de cuántas personas habían logrado persuadir o atraer los misioneros. En muchos casos, en el momento de la fundación, el número de habitantes oscilaba entre 30 y 50. Los restantes pobladores llegaban en sucesivas oleadas, dependiendo del relativo éxito o fracaso de cada reducción en particular. El éxito en lograr la tan ansiada permanencia, dependía de una serie de factores. Algunas de las variables estaban enteramente en manos de los jesuitas, tales como el mantener una buena provisión de herramientas de metal y alimentos, así como generar buenas relaciones de confianza mutua. Otras en cambio incumbían al azar y eran poco predecibles, tales como las oleadas epidémicas, la eventual cercanía de soldados españoles, la noticia de la aproximación de tropas portuguesas y otras muchas. En el subsecuente desarrollo del poblado —siempre y cuando este alcanzara estabilidad y continuidad— el número de habitantes podía alcanzar cifras situadas entre las 100 y 1600 almas. El promedio más frecuente en una reducción era una población de 200 a 400 personas (Jouanen, J. 1941 y Grohs, W. 1974: 133).

La elección del lugar que parecía favorable para el establecimiento de la reducción, dependía del criterio de cada misionero en particular. La idoneidad del sitio escogido recaía

enteramente en la mayor o menor experiencia que tenía cada misionero en cuanto a las peculiaridades del medio ambiente amazónico. Al revisar las crónicas escritas sobre esta misión, se observa que la elección del lugar estaba marcadamente condicionada por el hallazgo de tierras que facilitasen los sembríos, bosques que suministrasen abundante caza, y ríos o lagunas próximos para una copiosa pesca. Naturalmente el desconocimiento total de este ecosistema trajo consigo un considerable número de fracasos. La fragilidad del suelo no permitía una horticultura intensiva y este se agotaba en breve tiempo. Los animales salvajes se alejaban paulatinamente de los núcleos poblados para internarse más profundamente en la selva. Finalmente los métodos de pesca mediante el uso del barbasco, extinguían los peces en los remansos y pozas de los ríos.

Cuando el religioso determinaba un lugar que le parecía idóneo para fundar una reducción, encargaba a los indios que habían aceptado reducirse, que el área fuera desbrozada y limpiada. Esta etapa solía tomar entre cuatro y cinco meses, ya que debían abatirse los árboles y cortarse los arbustos y malezas. Luego era necesario esperar a que toda la vegetación secase un poco para luego quemarla. Los incendios eran controlados, de tal manera que una vez consumidas las malezas y ramazón de los árboles, los indígenas apagaban rápidamente los palos, troncos y maderos gruesos. Los más pequeños eran posteriormente aprovechados como combustible para las fogatas, mientras que los troncos mejores —ya curados con el fuego— podían ser utilizados para la edificación de las viviendas. Una vez removidas las cenizas quedaba lista el área libre necesaria para dar inicio a una nueva reducción. Estas primeras acciones implicaban que el religioso debía contar con un cierto número de pobladores que estuviesen realmente dispuestos a asentarse en el nuevo poblado, aceptasen llevar a cabo la “roza y quema” del espacio físico necesario para establecer el poblado y tuviese suficientes herramientas de metal —hachas, machetes y cuchillos— para que el trabajo pudiese ser llevado a cabo con éxito.

Una vez preparado el espacio físico, el religioso acudía al lugar y plantaba una cruz en el suelo —como señal primordial de fundación— en el lugar donde habría de situarse la iglesia de la reducción. La traza debía ser ortogonal, es decir en forma de cuadrícula, aunque con algunas particularidades. El diseño contaba con dos calles que se intersectaban en forma de cruz de San Antonio o TAU, con los brazos transversales de la cruz, dispuestos en forma paralela al curso del río. El cuerpo longitudinal de la cruz formaba un eje espacial de gran impacto visual, ya que partía desde una enseñada del río, donde se emplazaba el atracadero y coronaba en la plaza sobre cuyo fondo se erigía la iglesia<sup>28</sup>. El cronista Manuel Uriarte refiriéndose al año de 1754 señala que: “La nueva planta del pueblo [Santa María de la Luz de Amay, en la misión baja del Marañón] era una gran plaza cuadrangular donde al [otro] lado del puerto cerraba la iglesia y casa del misionero” (1986: 201). En algunas de las reducciones más grandes y estables, el espacio estaba organizado en mitades complementarias de alto y bajo<sup>29</sup>, lo que no sucedía en poblados pequeños o de

<sup>28</sup> En principio los trazados urbanos estuvieron determinados por las Leyes de Indias para la organización de pueblos de indios y de pueblos misioneros. En el Libro IV, Título siete, “de la Población de las Ciudades” se confirma que eran tomados en cuenta aspectos relevantes tales como la orientación más adecuada, la recomendación de establecerse a la vera de los ríos, los peligros de enfermedades debidas a la proximidad de pantanos y lagunas, y muchos otros. Observamos sin embargo, que el urbanismo misional tuvo un planteamiento físico un tanto diferente al señalado en las normas. Esto se debió a la necesaria adaptación al medio circundante y a la mentalidad de sus pobladores.

<sup>29</sup> Es poco frecuente hallar referencias en relación a mitades complementarias en las reducciones mainenses, posiblemente porque los misioneros le dieron poca importancia al asunto. Sin embargo, en Uriarte hallamos varias



reciente fundación. Por otro lado, con cierta frecuencia eran acomodados en una misma reducción habitantes que integraban distintas etnias, con lo cual se dejaba de lado la división y complementariedad espacial. Contamos con una descripción de 1767 relativa a la reducción de San Regis de Yameos:

“El pueblo está en alto y domina el Marañón, como una cruz sin cabeza, así T, pues tiene una fila de casas hacia el río y luego una lengua de tierra en medio al centro, y a los dos lados declina en dos hoyadas medianas, rodeadas de casas. Las del lado del río eran yameos; a las hoyadas vivían nahuapoes, trasladados de otro pueblo de San Simón, con harta repugnancia suya por el sitio que dejaron y antipatía con los San Regis. A la izquierda en alto, había una casa larga con treinta y dos payaguas, que había bajado el Superior del Napo [...]” (Uriarte, M. 1986: 216).

No existía propiamente un trazado físico, en el estricto sentido de establecer manzanas y solares. No obstante, las viviendas debían organizarse de manera ordenada dispuestas alineadas en forma paralela en relación a dos ejes principales del asentamiento. Al final de la calle trazada de manera perpendicular al atracadero, se disponía una plaza de medianas proporciones, alrededor de la cual se organizaban las edificaciones de uso religioso y administrativo.

Entre las descripciones existentes en las crónicas concernientes al diseño de las reducciones, destacan las del misionero Manuel Uriarte. Este religioso fue el único que demostró un destacado interés por describir el trazado de los poblados, los caracteres de las edificaciones y los recursos tecnológicos adaptados a un medio ambiente desconocido hasta entonces. Es así que cuando en 1753 llegó a San Joaquín de Omaguas, quedó atónito al ver la reducción. Ya en el exilio, al reescribir de memoria sus vivencias las recuerda intensamente y describe de la manera siguiente:

“El pueblo estaba en un sitio bellissimo, todas las casas a cordel, con la cara al Oriente y al Marañón, que se extendía hacia la derecha por arriba como dos leguas en una perfecta vuelta y para abajo en más de tres en vía recta, teniendo toda la orilla fronteriza hermozeada con platanares y chagras. Hacia el frente al puerto una larga calle derecha a un lado y otro de la iglesia, con las casas iguales [...] después seguían para arriba otras dos calles, puestas las casas entre los huecos de las bajas, y como era declive el terreno, todas gozaban la vista del río y de muy lejos las divisaban las canoas. Con el lado de la iglesia, el Cabildo y el trapiche en el centro, y la casa del misionero al otro extremo, se formaba una plaza mediana, que tenía en medio su reloj de sol, y por delante un jardín con flores, margaritas, claveles de árbol, aromas y otras coloradas, como azucenas, que daban todo el año; ni faltaban sus frutales; higueras, naranjos dulces y agrios, limones [...]” (1986: 173).

## 5.- Espacialidad y arquitectura misional

La impresión general de los visitantes al llegar a los más importantes poblados, era de asombro y admiración. Al aproximarse las embarcaciones a la reducción, lo primero que divisaban los navegantes eran tres cruces clavadas en fila y dispuestas sobre un pequeño promontorio artificial. Estas no solamente eran claves de comunicación simbólica, que indicaban la llegada del evangelio a estos remotos parajes, sino que además constituían

---

menciones entre las que podemos reseñar la relativa a la reducción de San Joaquín de Omaguas: “Cada año se elegían varayos de cada parcialidad [...] cuidaban por semanas de lo siguiente: 1º Acudir uno de cada lado (había división de barrio alto y bajo) al Misionero mañana y tarde para dar cuenta de todo y recibir instrucción de lo que se debía hacer aquel día” (1986:175).



hitos que señalaban la existencia de un poblado, muchas veces oculto por el denso follaje amazónico. Conforme se acercaban al amarradero, los remeros hacían sonar sus “bobonas” para comunicar su llegada y conseguir así que los pobladores se congregasen para recibirlos.

#### **a. Del puerto a la plaza.**

El puerto constituía un elemento de significativa importancia, ya que era imprescindible para enviar y recibir los despachos de Quito, relacionarse con las restantes reducciones, así como conformar el punto de salida para las expediciones especiales, siendo las más frecuentes aquellas organizadas para la captura de tortugas o con objeto de traer los codiciados bloques de sal<sup>30</sup>.

En el puerto existía una larga cadena pendiente de una pértiga para asegurar las canoas. También se reseña con frecuencia que a un costado del amarradero se disponía un cobertizo, para proteger del sol y la lluvia aquellas embarcaciones que no estaban en uso. A continuación había una escalinata formada por un número variable de gradas “[...] había compuesto la subida del puerto (que es larga como un tiro de bala y resbalosa) atravesando palos duros [...] y hecho sus cien o más escalones, y a los dos lados, con ancho de sus tres varas, pasamos de palos largos y redondos, sobre orquetas soterradas de palo duro [...]” (Uriarte, M. 1986: 220). Al llegar a la cumbre la visión de la reducción era sobrecogedora. Allí arrancaba la calle principal o senda que unía el embarcadero con la plaza, la cual generaba la tensión lineal y continuada de un eje visual y físico de comunicación forzada.

Si bien a ambos lados de esta calle se hallaban las casas de los indígenas, el punto de atracción sensorial era la culminación de la senda, donde destacaba claramente la plaza en cuyo testero se hallaba el imafrente de la iglesia.

#### **Espacio público y arquitectura religiosa**

La plaza era el centro espacial y funcional, además de ser el elemento aglutinador de toda reducción. Debía tener forma cuadrangular y en su centro se hallaba un reloj de sol. En ella se llevaban a cabo la mayor parte de actividades públicas y colectivas de la reducción. La más culturalmente significativa estaba asociada con la evangelización y la importancia que adquirieron las procesiones dentro de la modeladora transformación social llevada a cabo.

Dichas manifestaciones de fe estaban con frecuencia asociadas al establecimiento de capillas-posas en las cuatro esquinas de la plaza. Suplementariamente y con una propuesta arquitectónica desconocida en la arquitectura de las restantes misiones coloniales, en algunas reducciones optaron por crear estructuras edificadas que permitiesen llevar a cabo las procesiones durante la estación lluviosa. Fue así que crearon los “jardines

<sup>30</sup> La región de la Amazonia tiene una aguda escasez de sal. Para que los habitantes de las reducciones pudiesen obtenerla debían navegar hasta el denominado Cerro de la Sal, en las inmediaciones de la actual ciudad de La Merced en el departamento de Junín. Por entonces era una región en la cual se habían establecido desde 1635, los misioneros franciscanos. Estos fundaron las misiones del Cerro de la Sal, en la actual Villa Rica, y de San Juan Buenaventura de Quimiri. En 1667 existían 38 misiones con una población de alrededor de 8 500 personas, en su mayoría pertenecientes a la etnia campá. Para llegar al lugar de extracción [...]“tardaban como dos meses en este viaje, por lo que iban confesados [...]. Llegados a Yurimaguas recogían (si era necesario, dependiendo de la estación) un par de indios prácticos en los raudales y subían hacia el río de la Sal, como diez días y llegados allí comenzaban su extracción. [...] se reducía, en el cerro de la orilla, a prevenir tinajas horadadas con agua, que iban soltando por donde hacían canal con las hachas, y ésta ablandaba la sal de piedra, por donde pasaba; luego con las mismas hachas y machetes [...] iban partiendo pedrones de dos y más arrobas [...]”. (Uriarte, 1986: 177 y ss.).

procesionales” los cuales estuvieron estructurados por cuatro galerías techadas, dispuestas formando un cuadro. En cada una de las esquinas se hallaba un retablo devocional, que constituía propiamente la posa. Este espacio era utilizado para apoyar las andas, sahumar la imagen, cantar y elevar plegarias, al tiempo que los portadores se tomaban un breve descanso, antes de proseguir a la siguiente estación procesional. Un claro ejemplo lo tenemos en la reducción de San Joaquín de Omaguas donde: “Hizo hacer el P. Iriarte [...] otro jardín inmediato, derecho del Cabildo para la iglesia y cercado de los cuatro altares con baranda de tarapotes y pasamanos de caña gruesa con sus puertas, para impedir se llegaren perros, y hacer las procesiones cuando llovía o caía lodo” (Uriarte, M. 1986: 183).

Si bien las áreas urbanas con los frentes sobre la plaza eran los más importantes desde el punto de vista funcional y simbólico, no siempre estaban completamente ocupados por edificios de uso religioso, administrativo y de servicios, sino que también podían ser utilizadas para las viviendas.

El frente de la plaza más significativo era el “testero”, es decir aquel donde desembocaba la calle proveniente del embarcadero. Sobre dicho frente se hallaba siempre situada la iglesia, rodeada por un atrio cercado por un muro bajo. Dicho atrio tenía como principal función servir de cementerio para aquellos indígenas que recién se habían convertido al cristianismo, o aquellos que habían sido bautizados pocos instantes antes de su muerte. Por otro lado, aquellos pobladores que habían sido cristianos por un cierto tiempo y dado ejemplo de virtud y comportamiento piadoso, eran enterrados en el subsuelo de la nave de la iglesia.

Tomando en consideración las reiteradas epidemias y el crecido número de muertos como consecuencia de ellas, podemos afirmar que con cierta frecuencia en un momento dado, era mayor el número de difuntos enterrados en el atrio, que el número de pobladores que seguían aceptando vivir reducidos.

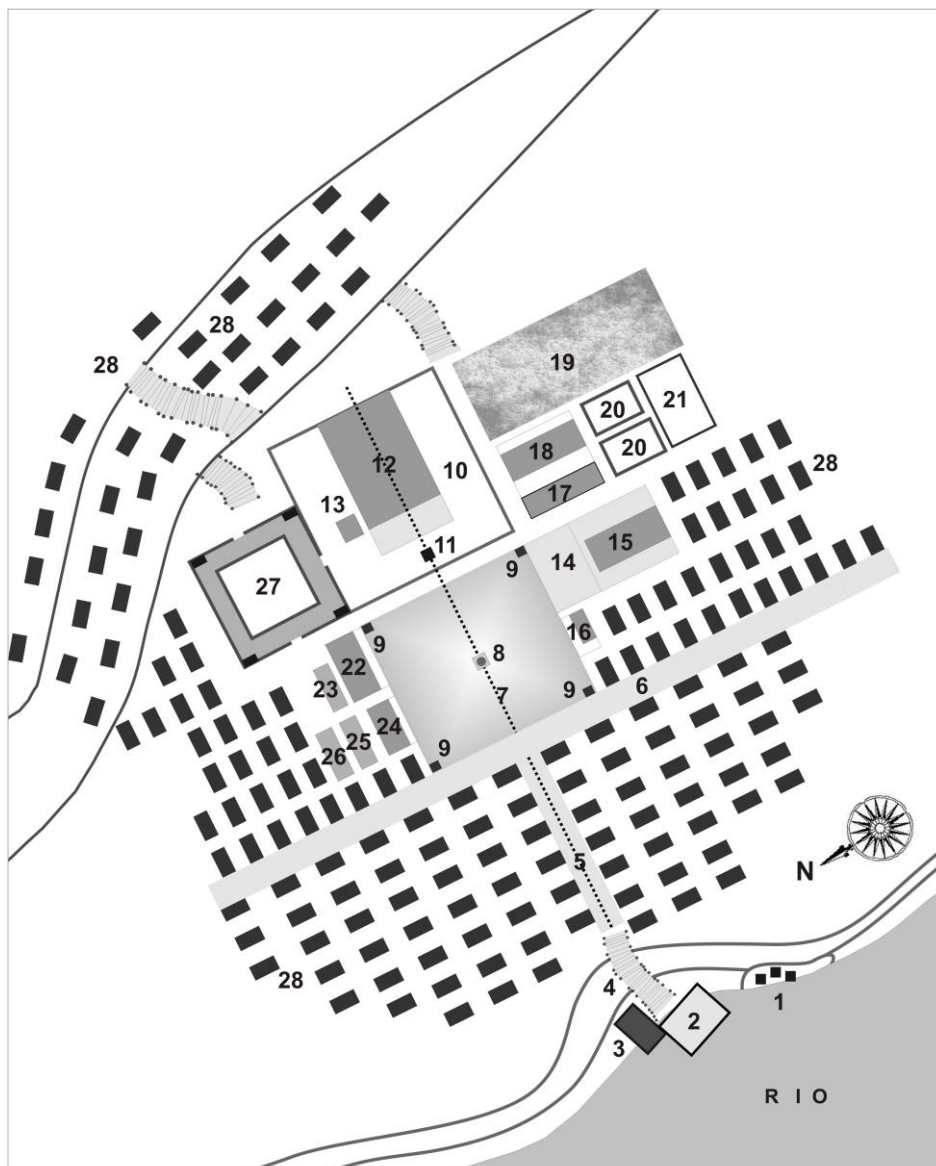
Presidiendo el atrio-cementerio se hallaba una cruz de gran tamaño. De esta suerte, dentro del simbolismo reduccional era posible percibir una tensión longitudinal que vinculaba dentro del poblado el mundo de los vivos, representado por el reloj de sol, que marcaba el paso del tiempo terrenal, con el mundo de los muertos que descansaban eternamente en el cementerio y que se hallaban representados por la cruz atrial. La culminación axial se daba con el mundo sacralizado de Dios al que se le rendía culto al interior del templo y constituía la única posible salvación eterna. Adicionalmente el atrio cumplía funciones que estaban vinculadas con la catequesis y con los rituales llevados a cabo durante la Cuaresma.

#### **b. La vivienda del misionero y otras edificaciones asociadas.**

La casa utilizada por el misionero variaba en emplazamiento y en tamaño, de acuerdo con la importancia y número de habitantes. En los poblados de medianas dimensiones, la casa formaba un edificio cuyo frontispicio se hallaba sobre uno de los lados laterales de la plaza. Sin embargo, existieron reducciones —como el caso de San Joaquín de Omaguas— donde el “testero” de la plaza era espacialmente compartido por la iglesia con su respectivo atrio y la casa del religioso. Ambas tenían una galería frontal o “alpende<sup>31</sup>”, mientras que lateralmente se hallaban separadas entre sí por un espacio

<sup>31</sup> La palabra alpende, utilizada por varios cronistas maynenses, tiene origen en la palabra portuguesa “alpendre”, que significa galería frontal techada en el primer piso de una edificación.

libre, dedicado al cultivo de las flores para el templo. En las reducciones más pequeñas, la morada del misionero podía estar situada detrás del muro testero de la iglesia y estar formada solamente por una o dos habitaciones.



Propuesta historiográfica de la traza de una reducción en la misión de Maynas en el siglo XVIII.

Fuente: elaboración propia, 2009.

#### LEYENDA

1. Cruces; 2. Embarcadero; 3. Cobertizo de canoas; 4. Escalinata; 5. Calle principal; 6. Calle transversal; 7. Plaza; 8. Reloj de sol; 9. Capilla posa; 10. Atrio – cementerio; 11. Cruz atrial; 12. Iglesia; 13. Campanario; 14. Casa del misionero; 15. Colegio de varones; 16. Trapiche; 17. Cocina; 18. Casa de las Recogidas; 19. Huerta; 20. Corrales; 21. “Charapera” para criar tortugas; 22. Cabildo; 23. Cárcel; 24. Depósito de vituallas; 25. Herrería; 26. Carpintería; 27. “Jardín procesional” y 28. Viviendas de pobladores.

Una de las descripciones que documentan la casa del misionero pertenece a la reducción de San Pablo de Napeanos:

“[...] la casa del Misionero, entre la cual, que caía a la izquierda, había un pasadizo cubierto y cerrado todo con tarapotes, como barandillas, y su jardín

de flores [...] La casa era alta con sus claustros, como colegio; tres aposentos bajos y tres altos con terraplén liso y por fuera tenía linda vista con ventanas de arcos y rejillas de tarapotos. Delante de la puerta había su alpendio o zaguán, correspondiente al de la iglesia [...]" (Uriarte, M. 1986: 192).

Directamente asociada con dicha vivienda se hallaba la escuela para niños varones. Los jesuitas en Maynas pusieron gran intención en la educación de los niños, con objeto de abolir poco a poco la multitud de lenguas entre los indios y generalizar el empleo del quechua. Por tal motivo, fueron duramente criticados. En su defensa señalaron que era imposible continuar llevando a cabo un proyecto evangelizador a gran escala, con más de un centenar de lenguas diferentes en la Amazonia. Esgrimieron además que algunos de los indígenas pertenecientes a tribus colindantes con los Andes Orientales, ya lo comprendían, y que para los indígenas amazónicos les resultaba más fácil aprender el quechua que el castellano. En las escuelas vivían niños huérfanos y otros prendidos en etnias aun no reducidas. La enseñanza del quechua los convertía en intermediarios de gran utilidad, para incorporar nuevas etnias a su labor evangelizadora y reduccional.

En las proximidades de la casa del misionero y separada espacialmente de ésta por un patio, se hallaba la cocina, la cual era atendida por mujeres y adolescentes. Las mujeres solteras vivían en una casa de recogimiento, conjuntamente con niñas pequeñas y huérfanas, a quienes se les educaba en la nueva forma de vida y en las tareas asociadas al hogar. Una vez que la comida estaba lista, las mujeres tenían prohibido entregarla directamente al religioso. Para dicha labor debían apoyarse en un "fiscal", quien a su vez la distribuía al misionero y a los "neófitos".<sup>32</sup>

Próxima a la cocina y en el terreno de la huerta se construía, de acuerdo a los animales disponibles (animales foráneos introducidos por los religiosos, tales como gallinas, patos o puercos) varios pequeños corrales. Un tipo especializado de corral que nunca faltaba en una reducción, era la "charapera" o "charapedilla" en la cual se criaban tortugas<sup>33</sup>, lo que facilitaba la disponibilidad de carne fresca a lo largo de todo el año.

### c. El Cabildo y la arquitectura de servicios complementarios.

Los edificios con funciones públicas estaban formados por el cabildo —a cargo de los alcaldes y *varayos*<sup>34</sup> de las diversas parcialidades indígenas que vivían en la reducción— la cárcel y el trapiche.

<sup>32</sup> El término "neófito" fue frecuentemente utilizado por los jesuitas que misionaban en Maynas para designar a aquellos adultos que estaban en proceso de evangelización y que todavía no habían recibido el sacramento del bautismo. Si bien el término muchas veces ha sido empleado como sinónimo de catecúmeno, este último no se dio nunca en América virreinal, ya que aun en Europa el régimen del catecumenado se mantuvo solamente durante los tres primeros siglos del cristianismo.

<sup>33</sup> La tortuga "charapa" (*Podocnemis expansa*) habita comúnmente en los ríos de la Amazonia. Los indios recolectaban los huevos de estos quelonios, ya sea para comerlos o para elaborar con ellos manteca y a partir de la llegada de los misioneros, las velas para las iglesias. Tortugas de diferente tamaño eran capturadas vivas, y se criaban en las "charaperas" algunas veces por dos o tres años y constituían una reserva de carne fresca.

<sup>34</sup> El "varayoc" era la autoridad de mayor categoría en un poblado. Su investidura y la entrega de "la vara" se realiza por medio de la elección comunal. Su origen probablemente es anterior a la llegada de los españoles al Perú, aunque hay una determinante influencia española en la fijación de sus caracteres y funciones, que evolucionaron desde la colonia a la actualidad. Se trata en todo caso de una institución de origen andino y su difusión a la Amazonia es un tema polémico



En las reducciones maynenses más importantes, la organización política estaba formada por el gobernador de la población, cargo que era vitalicio. Junto con él, se hallaban los capitanes de todas las parcialidades, los cuales eran confirmados en dicho encargo por el gobernador general de Maynas.

En cuanto al aspecto militar, destacaban el alférez y el sargento de milicia, los que tenían bajo su responsabilidad la convocación de los pobladores varones en las denominadas “milicias indígenas”, para realizar las “entradas” a nuevos territorios.

Entre los cargos elegidos figuraban los *varayos* de cada parcialidad, acompañados por un alcalde mayor. Estos realizaban varias labores, rotando en el encargo cada semana. Debían acudir al misionero, cada mañana y tarde, para dar cuenta de todo lo que sucedía y recibir indicaciones de lo que se debía hacer. Entre sus obligaciones se encontraba llevar a cabo una ronda los domingos y días de fiesta, para controlar a los que se excedían en las bebidas. Tenían bajo su cometido el cuidado y reparación de la iglesia, la casa del misionero y las canoas de la reducción (calafatearlas, señalar bogas, indicar día y hora de los viajes, etc.). Estaban en la obligación de supervisar el desbrozado de la plaza, tarea que estaba a cargo de las mujeres, que ocupaban en ello los sábados. Para las faenas más pesadas, como el corte de arbustos y árboles, se hacían cargo cada tres meses los varones de la reducción.

Para este punto es interesante lo que señala el P. Lorenzo Lucero desde el poblado de Santiago de la Laguna:

"Aun los pueblos gozan de aquel despejo que les da la importunidad de las hachas y machetes, y es tanto el vicio de la tierra, que a seis meses de descuido están los pueblos sin forma de pueblos, porque la infinita ramazón del selvaje nuevo los encubre de forma que parece han desaparecido" (Roma, Biblioteca de la Historia de los Jesuitas, 1762, Legajo 218, foja 2).

A espaldas del edificio del Cabildo se hallaba la cárcel en la cual quedaban detenidos los indios alborotadores, los huidos recapturados y aquellos que habían cometido otros delitos que afectaban la reducción en particular o la misión en general.

Otro edificio localmente importante fue el trapiche. Este podía estar situado al lado del Cabildo o próximo a la casa del misionero. El zumo de caña era utilizado solamente para el autoconsumo. El volumen producido en cada reducción no sólo era exiguo, sino que no todos los poblados contaban con un molino para la molienda de las pocas cañas de azúcar que se lograban cultivar. Debido a esto, los panes de azúcar generalmente eran traídos desde Quito en el despacho anual o semestral. No se trataba de un bien suntuario, ya que no era costumbre en la Amazonia endulzar las comidas o bebidas. Su empleo estuvo reducido al consumo realizado por el misionero, en el socorro de los enfermos y como complemento de ciertos medicinales. Evidentemente también se usaba la miel de abejas, pero esta solía escasear durante la estación lluviosa.

Finalmente, la arquitectura de servicios estaba compuesta por los talleres de herrería y carpintería, y el depósito de pertrechos. Los talleres eran de extrema importancia en un medio alejado de casi todos los recursos necesarios para la vida sedentaria. Estos facilitaban además que algunos indígenas con ciertas habilidades para el trabajo

---

no resuelto. A los *varayoc* o *varayos* se le debía respeto y consideración, ya que al cesar sus funciones no volvían a ejercer otro cargo en la vida comunal, como no fuera los de simples consejeros.

manual, pudiesen aprender un oficio. La herrería servía no solamente para reparar las herramientas de metal que los jesuitas entregaban a los indígenas, sino que posibilitaba la producción de llaves, bisagras, candados, cerraduras, pasadores, etc. usando una fragua y muchas veces reciclando las herramientas en desuso. No todos los poblados contaban con una herrería, de tal manera que las herramientas a ser reparadas eran enviadas por vía fluvial a aquellas reducciones que contaban con este taller especializado.

La carpintería era aún más importante y prácticamente no había poblado que no la tuviese. En un medio ecológico donde no existían las piedras para edificar, los carpinteros y torneros eran los llamados a fabricar desde muebles, ventanas, puertas, techos, escaleras y barandas hasta los retablos. En algunas reducciones, había imagineros o santeros que habían alcanzado una notable habilidad en el entallado y encarnado de imágenes sacras.

## 6. Las viviendas comunes de los indios reducidos.

Las casas de los indígenas fueron todas muy similares. La dimensión promedio era aproximadamente de 15 x 12 varas castellanas, equivalentes a 12.5 m x 10.0 m. Los cronistas no dedicaron mucho esfuerzo a la descripción de las viviendas, pero señalaron en sus textos que estas cambiaron de las tradicionales malocas a viviendas familiares, las cuales estaban más de acuerdo con el pensamiento religioso cristiano y sus normas morales y éticas. La única información acerca de su morfología nos indica que tenían dos puertas, la frontal que daba hacia la plaza y la posterior que se abría sobre sus pequeños jardines o huertos cercados por muros bajos a manera de tabiques ligeros, resueltos usando el bajareque<sup>35</sup>. La estructura de los techos fue de madera y el cubierto con hojas de diversas variedades de palmera. En ciertos casos y dependiendo de cada etnia en particular, los tabiques fueron blanqueados, tal y como ocurrió "*con los napeanos y los santabárbaras*"<sup>36</sup>.

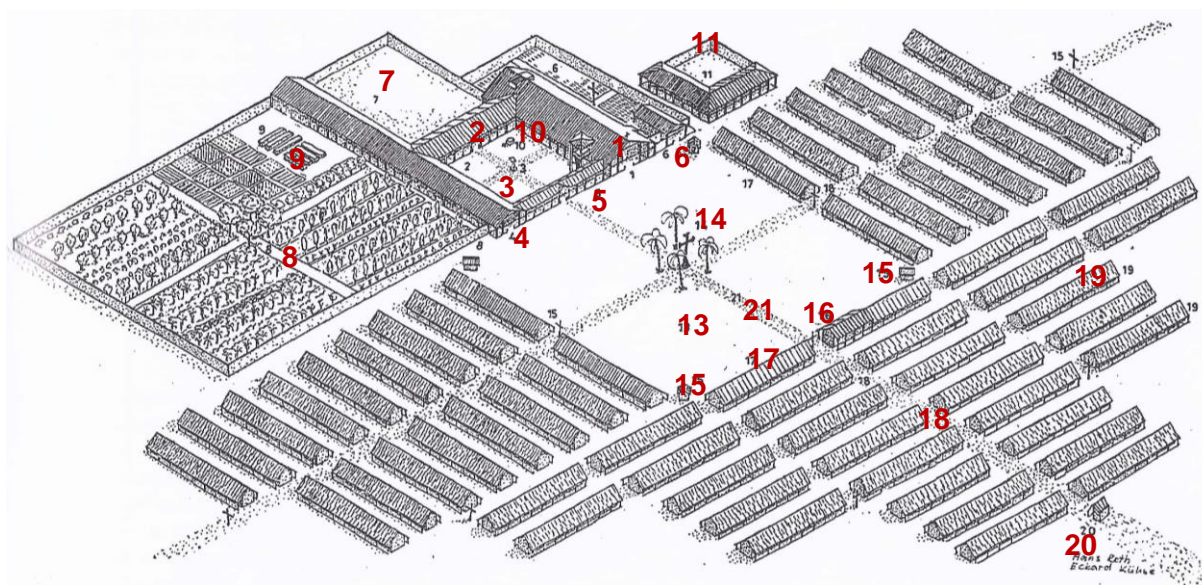
Los fogones para cocinar ardían en el interior de estructuras altamente inflamables, lo cual fue la causa de frecuentes incendios. Estos eran un peligro real, ya que en breve tiempo el fuego podía arrasarse la reducción entera. Debido a ello se tomó como precaución la edificación separada de las unidades de vivienda, dejando entre ellas un área libre de 12 a 16 varas (de 10 a 13 m). En este espacio de separación entre moradas, fueron surgiendo pequeñas huertas con vegetales, frutas y hasta algunas flores para el ornato del templo y las procesiones.

Si bien no tenemos ninguna otra información documental respecto a las viviendas y su funcionamiento, sabemos que en la reducción de San Joaquín de Omaguas, los retretes estaban en el interior de las viviendas "por disposición del P. Bahamonde" (Uriarte, M. 1986: 201). No tenemos mayores datos que nos permitan señalar que esta fuese una práctica habitual.

---

<sup>35</sup> Se denomina bajareque o pajareque la construcción de muros hechos con troncos y ramas trenzadas con cañas y barro. El término fue traído por los españoles desde las Antillas. En algunas regiones del virreinato del Perú, entre ellas, Maynas, se le denominó también "tapia francesa". Manuel Uriarte señala que: "De la Trinidad tuve buenas nuevas: el Hermano Lorenzo había sacado del monte unas ochenta almas [...] Al Hermano Lorenzo envié a Tiriri, donde hizo una curiosa iglesia de tapia francesa, con la ayuda de dos blancos y seis indios portugueses [...]" (1986: 110).

En conclusión, podemos señalar que si bien existió un claro planeamiento reduccional, este no siguió un rígido modelo preestablecido. A excepción de la ubicación de la iglesia en relación a la plaza y a la calle principal, que unía el embarcadero con la señalada plaza, el resto de las edificaciones mantuvieron una disposición bastante libre que variaba grandemente entre un poblado y otro. Si bien se ha afirmado que la traza de las reducciones maynenses asumió el diseño de “patrones urbanísticos europeos [...] donde el patrón de ciudad-damero asumió una forma particular, con dos calles en forma de cruz cuyos brazos corrían paralelamente al curso del río y cuyo cuerpo central tenía al río como pedestal” (Santos, F. 1992: 169), nada está más lejos de la realidad.



Organización espacial ideal en un pueblo misional de Chiquitos (Bolivia actual): 1. Iglesia; 2. Colegio y patio de los misioneros jesuitas; 3. Cuadrante; 4. Sala de música; 5. Torre; 6. Capilla funeraria y cementerio; 7. Talleres; 8. Huerta; 9. Secaderos; 10. Noria; 11. Casa de las recogidas; 12. Depósito del común para el pueblo (falta); 13. Plaza; 14. Cruz misional; 15. Capillas posas; 16. Capilla de San Juan; 17. Casa de los caciques; 18. Calles; 19. Manzanas; 20. Capilla de Betania y 21. Eje del poblado. Fuente: Pedro Querejazu (editor y compilador). *Las misiones jesuíticas de Chiquitos*, 1995: 497

En primer lugar, el urbanismo europeo no fue unívoco, sino que se trató de un gigantesco mosaico urbanístico medieval y luego renacentista, que dependió de historias regionales específicas, lo que no posibilita absolutamente las generalizaciones. Por otro lado, si se ha pretendido aproximar comparativamente las propuestas urbanas de las ciudades hispanoamericanas, con el trazado asumido en las reducciones de la misión de Maynas, podemos observar que tampoco hay demasiadas coincidencias. En relación con la plaza mayor, en los centros urbanos fundados en el Perú virreinal a finales del siglo XVI y durante el siglo XVII, no existe el vínculo simbólico y de percepción urbana establecido entre la calle principal longitudinal, la plaza, el atrio de la iglesia y la culminación con el templo mismo. El tratamiento de la plaza y su funcionamiento además fue totalmente otro.

El hecho que algunas estructuras arquitectónicas en las reducciones maynenses, nos puedan hacer rememorar el diseño de las reducciones andinas, el funcionamiento de estos poblados amazónicos y su dinámica social y religiosa, responde a otros requerimientos totalmente ajenos a los andinos. No obstante, podemos afirmar que existen ciertos

elementos comunes entre estas reducciones y los cronológicamente posteriores pueblos misioneros de Moxos (1672-1768) y Chiquitos (1692-1767), situados en Bolivia actual. Sin embargo, todavía es necesario un mayor estudio al respecto, ya que no solamente deben ser comparadas las formas, sino el funcionamiento del espacio en relación a las necesidades de los pobladores, así como las mentalidades que los originaron. En conclusión, no es factible sustentar un modelo misional general.

En cuanto a las viviendas mismas, si bien su disposición nos sugiere una cuadrícula o alternativamente una retícula, el diseño final a la postre es otro distinto. Primero porque en las cuadrículas pertenecientes a las ciudades hispanoamericanas, cada manzana estaba formada por un cierto número de solares (generalmente cuatro), mientras que aquí cada vivienda era una unidad individual rodeada por un espacio libre, generado como un recurso práctico frente a los incendios. Estos espacios no eran además calles o pasajes, sino que se convirtieron en huertos cercados y privados. En segundo término, el damero no fue una rígida imposición, ya que cuando se edificaba sobre los declives, la cuadrícula desaparecía por completo. Uriarte al describir la reducción de San Joaquín de Omaguas señala que:

“Hacia frente al puerto una larga calle derecha a un lado y otro de la iglesia, con las casas iguales distantes por las quemas como veinte varas ( y después de casa a casa, se tiraron paredes bajas de tarapotos por uno y otro lado, donde plantaron los indios flores para el Santo Cristo y las indias para la Virgen, y tenían sus agíes y algunos frutales) [...] después seguían para arriba otras dos calles, puestas las casas entre los huecos de las bajas y como era declive el terreno todas gozaban de la vista del río y desde muy lejos las divisaban las canoas”. (Uriarte, M. 1986: 172. El subrayado ha sido adicionado)

Evidentemente se trató de un urbanismo distinto, adaptado a su propia realidad y medio ambiente circundante y no fue la aplicación de modelos europeos o hispanoamericanos, de los cuales los misioneros además debían tener escasa información e interés.

## **7. El deterioro espiritual y temporal de las reducciones maynenses.**

La expulsión de los jesuitas de las posesiones españolas y portuguesas en América entre 1759 y 1767, culminó recién el 29 de octubre de 1768 con la salida definitiva de los religiosos de la misión de Maynas. Al tiempo del arresto y expulsión de los jesuitas, la misión de acuerdo con la reorganización territorial realizada en 1753 —a petición de los superiores de la Compañía de Jesús— y llevada a cabo por el presidente de la Real Audiencia de Quito, don Juan Pío de Montúfar, marqués de Selva Alegre, estaba dividida administrativamente en tres tenencias y a cada una de ellas le correspondía una circunscripción misional. A Borja le concernía la Misión Alta del Marañón y la Misión del Pastaza, a San Joaquín de Omaguas le incumbía la Misión Baja del Marañón. Por último, las reducciones del río Napo pertenecieron a la misión del mismo nombre. El gobernador de Maynas residía en San Francisco de Borja, temprana ciudad española del siglo XVI y posterior poblado jesuítico en los siglos XVII y XVIII.

Ha sido común entre los historiadores de la Misión de Maynas señalar que con la salida de los jesuitas las reducciones se vieron sumergidas en un notable abandono, tanto en lo espiritual, como en lo económico y que este fue el principal motivo de su decadencia y desaparición. No obstante es importante señalar, que si bien para mediados de 1768 se documentan cifras de aproximadamente 12,000 a 14,000 cristianos nuevos, el funcionamiento de las reducciones inició su decadencia a partir de 1740. A manera de



ilustración se puede señalar que en 1751 la ciudad de San Francisco de Borja, cabeza de la Misión Alta del Maraón, solo contaba con: “17 habitantes entre españoles e indios” y el pueblo de Santiago de las Montañas “que conserva 4 mestizos y 10 indios, porque todos han abandonado estas ciudades”.<sup>37</sup>

Las razones para esta crisis son muchas y arduas. Entre las más destacadas podemos señalar las siguientes:

- a. El avance de los portugueses sobre el territorio evangelizado por los jesuitas. Esta conflictiva situación fue mermando y causando graves pérdidas a los misioneros en relación al número de pobladores catequizados y a la persistencia de las reducciones mismas.
- b. A pesar de los denodados esfuerzos de los jesuitas durante más de un siglo, los indígenas cristianizados y los “neófitos” continuaban siendo religiosamente inestables y vacilantes, situación agravada al estar inmersos en extensas áreas culturales amazónicas no cristianizadas.
- c. El pequeño número de religiosos que estaba misionando en 1740, frente a una inmensa extensión territorial, con la población totalmente dispersa y renuente a transformarse en sedentarios.
- d. La despoblación de las reducciones ribereñas, debido a las epidemias y las altas tasas de mortandad, las cuales dejaban no sólo una estela de pueblos abandonados, sino un número de conversos menor. Paralelamente era necesario buscar nuevos indígenas en el interior de la selva para catequizarlos y convencerlos de habitar en poblados permanentes. Todo el inmenso esfuerzo se veía diluido al fallecer los pobladores debido a las pestes, debiendo en ciertas regiones volver a empezar la catequización una y otra vez.
- e. Las serias dificultades relativas al financiamiento de tan grande empresa. A pesar de los intentos autogestionarios de la misión, tales como impulsar la recolección local de canela y cera, la fabricación de hamacas y otros productos, éstos fracasaron totalmente. Por otro lado, los esfuerzos de subvención externos, mediante la adquisición de haciendas próximas a Quito, fue muy tardía para subsidiar una obra que estaba en una desesperada necesidad de fondos. Lo cierto es que nunca se logró disponer de los medios necesarios para solventar una obra espiritual de tal envergadura.

Esta crisis de mediados del siglo XVIII, se prolongó como una lenta e inexorable agonía. Para 1768 la misión de Maynas se había restringido a tan solamente 33 reducciones, atendidas por un grupo de 21 religiosos y un hermano coadjutor<sup>38</sup>. A comienzos de ese mismo año, el Presidente de la Audiencia de Quito, don José Diguja, decidió enviar a la misión 25 clérigos seculares, acompañados por el Comisionado Regio y su escolta, para

<sup>37</sup> Informe del P. Pedro José Milanesio, Procurador de las Misiones de jesuitas del Maraón, 1751. Archivo Nacional de Historia, Presidencia de Quito, Ecuador, 1750, vol. I - 41, doc. 1583, f.135.

<sup>38</sup> Las diversas fuentes señalan un número de reducciones en 1768 bastante variado. En el Informe General atribuido al oidor de Quito, Juan Romualdo Navarro, dirigido a su Majestad, acerca del gobierno de la Audiencia, transcrito por Rumazo González y presentado por María Elena Porras (1987) señala la existencia de cuarenta reducciones, si bien la autora adjunta un listado que sólo contiene treinta y cinco. En el mapa nº 3, acerca de Maynas antes de la expulsión jesuita, sólo se grafican treinta y uno. El historiador Francisco de Borja Medina S.J. (1999) señala que fueron cuarenta y uno los pueblos, servidos por 28 misioneros (27 sacerdotes y un hermano coadjutor). Sandra Negro (2004) señala que fueron treinta y tres reducciones atendidas por 21 sacerdotes y un hermano coadjutor.

ejecutar la orden de expulsión de los jesuitas. Debido a que este número de clérigos no estaba disponible de inmediato, el obispo de Quito, don Pedro Ponce y Carrasco, publicó un edicto invitando a ordenarse a todos los que quisiesen ir a la misión por un periodo de dos años, y agregó como incentivo la promesa de una promoción.

A finales de abril de 1768, llegó a San Joaquín de Omaguas el nuevo vicario, don Manuel Mariano de Echeverría con 16 clérigos. En octubre los jesuitas abandonaron definitivamente todos los poblados de Maynas, después de haber instruido brevemente a sus sucesores. Entre 1768 y 1770 los seculares que estuvieron a cargo de las reducciones enfrentaron muchas dificultades, tales como tener que desplazarse en un medio amazónico desconocido para ellos, aceptar una dieta alimenticia diferente, sin pan y sin carne, así como doctrinar a indígenas que no hablaban español. Unos pocos entendían el quechua y muchos de ellos sólo hablaban las lenguas locales. Estos primeros misioneros terminaron por sentirse además subvalorados en su labor evangelizadora por el mismo rey de España, quien tuvo el poco oportuno deseo de organizar un jardín botánico. Para completar la exposición con muestras exóticas, había comisionado a los seculares de Maynas la recolección de aves raras, plumas y plantas desconocidas y extrañas<sup>39</sup>, que debían ser embarcadas a Europa conjuntamente con los jesuitas expulsos. Este encargo hizo que los seculares se sintiesen desdeñados y poco apreciados en su difícil desempeño como misioneros en la Amazonia, lo cual dio por resultado la desertión de varios religiosos, que regresaron en breve a Quito. No obstante la verdadera conclusión es que los nuevos misioneros no estaban preparados, ni tampoco tenían vocación para la compleja y dura labor que se les había asignado.

Frente a esta situación, en 1770 los religiosos franciscanos de Quito se ofrecieron como voluntarios, haciéndose cargo de la misión y administrándola hasta 1774. Sin embargo, la situación no mejoró para los pobladores y los “*neófitos*” de Maynas. El número de reducciones seguía disminuyendo, ya que los indígenas preferían regresar a la selva a quedar abandonados a su propia suerte en las reducciones<sup>40</sup>. En 1774 la Junta de Temporalidades<sup>41</sup> decidió suspender definitivamente la presencia de los franciscanos y encomendar nuevamente la misión al clero secular, esta vez con la obligación que cada religioso permaneciese en ella por un periodo de cuatro años. En 1783 dicha Junta ratificó la entrega en propiedad de la misión de Maynas al obispo de Quito, dando así inicio a una nueva etapa en la ardua labor evangelizadora en la región.

<sup>39</sup> “El Príncipe de Asturias se había antojado vivamente de los pájaros de las selvas, y el Virrey para complacerle, ordenaba a los misioneros recoger [...] cuantas muestras pudiesen de pájaros y plumas, a fin de que los expulsos transportasen, a más de sus penalidades [...]”. Miranda, F. 1988: 59.

<sup>40</sup> Entre los documentos publicados en 1988 por F. Miranda, a manera de ejemplo deseamos señalar el relativo a la reducción de los Xeberos, en el río Aepena: “[cuando llegaron los franciscanos] a este pueblo, lo más del año en los días domingos y de festividad mayor, quedaban sin doctrina ni misa, por razón de que el Padre estaba lo más del tiempo ebrio; que en este mismo tiempo se ahuyentó toda la gente tomando el portante a Moyobamba y Lamas, quedando enteramente el pueblo asolado [...]” (p.77) (el subrayado es agregado).

<sup>41</sup> Por Real Cédula de 9 de julio de 1769, se ordenaba constituir en América y Filipinas, diez Juntas Superiores de Temporalidades para la administración de los bienes de la Compañía de Jesús en los dominios de ultramar. En el caso de Maynas, se creó la Junta de Temporalidades en la provincia de Quito, bajo la jurisdicción del virrey de Nueva Granada.

En relación con la traza y arquitectura misionera, para el siglo XIX el urbanismo reduccional propuesto por los jesuitas dos siglos antes, había quedado definitivamente relegado al olvido. De las reducciones jesuíticas florecientes en los siglos XVII y XVIII se ha intentado sustentar el surgimiento de algunas ciudades de los siglos XIX y XX. Un ejemplo lo constituye la actual ciudad de Iquitos, cuyo origen en algún momento se ha pretendido remontar a dos momentos históricos en la región. El primero de ellos está asociado con la presencia del P. Samuel Fritz, fundador de más de cuarenta pueblos en el área comprendida entre San Joaquín de Omaguas (situada en el Perú actual) y Tefé de Aisuaris (en el Brasil actual). Fritz estableció la reducción de San Joaquín en 1687 y la volvió a fundar por segunda vez en 1711. No obstante, ninguna de las reducciones por él fundadas corresponde geográficamente con el emplazamiento posterior de dicha ciudad.



Vista de la reducción de San Joaquín de Omaguas en la misión baja del Marañón en una acuarela realizada por Francisco Requena alrededor de 1780, cuando los La Compañía de Jesús ya no estaba a cargo de la Misión de Maynas. Imagen: tomada de Erick Beerman, *Francisco de Requena: la expedición de límites*

Otra de las hipótesis que se exponen —aunque documentalmente insostenible— es que su origen se encuentra en la reducción de San Pablo de Napeanos, establecida en 1737 por el P. Andrés de Zárate. Por último, se ha pretendido relacionarla con las reducciones establecidas en el área a mediados del siglo XVIII por el misionero José Bahamonde<sup>42</sup>. Las que fueron fundadas por este misionero y se hallan documentadas son las de San Juan

<sup>42</sup> El P. José Bahamonde fue originario de Quito y aún antes de ingresar a La Compañía de Jesús fue misionero secular en el Marañón. Su principal apostolado fue entre los *masamaes* y los *iquitos*, entre los cuales fundó cinco reducciones, que se hallan documentadas, aunque es posible que su número fuera mayor. Formó parte de los veintiún jesuitas expulsados de Maynas. Le fue señalado su exilio en la ciudad de Rávena (Italia) donde murió en 1786.

Nepomuceno de Iquitos (1740), Trinidad de Masamaes (1740), Corazón de Jesús de Iquitos (1747), Santa María de Masamaes (1748) y Nuestra Señora de Loreto de Ticunas (1760).

Infundadamente se ha supuesto que los pobladores pertenecientes a la etnia *iquitos* establecidos en la reducción de Santa María de Masamaes, se desplazaron —conjuntamente con los habitantes de la reducción de Santa Bárbara de Iquitos (de incierto año y fundador)— después de la expulsión de los jesuitas, hacia el paraje de Santa Clotilde a orillas del río Nanay, asentándose allí con el nombre de Santa Bárbara. Finalmente se infiere que en algún momento durante la primera mitad del siglo XIX, se trasladaron a la extensa planicie entre los ríos Amazonas, Nanay e Itaya, paraje que casi un siglo más tarde, en 1863 cobijó la creación de la ciudad de Iquitos.

Otras referencias poco atendibles, señalan la posibilidad que Iquitos tuviese como origen un grupo de colonos que huyeron de San Francisco de Borja en 1840, frente a un ataque de los indios *huambisas*. Evidentemente estamos frente a meras suposiciones, algunas de ellas no exentas de cierto romanticismo poético. Con todo, no hay un sustento documental y menos aún arqueológico al respecto. Es absolutamente imposible afirmar que el urbanismo jesuítico virreinal influenció de alguna manera el diseño de esta ciudad republicana. Lo cierto es que cuando el sabio naturalista Antonio Raimondi transitó por Iquitos en el año de 1869 lo describió como una “[...] miserable ranchería de indígenas [...] formados de simples palizadas [...] con el terreno cubierto por un espeso y virgen bosque [...]”. (Raimondi, A. 1983: 400).

Un segundo ejemplo es el actual poblado de Pebas, situado sobre la margen izquierda del río Ampiyacu, a corta distancia de su desembocadura en el Amazonas. A este asentamiento también se le ha querido asignar un origen virreinal a partir de la reducción jesuita de San Ignacio de Pebas, fundada en 1734 por el P. Nicolás Singler.

Cuando en 1743 el geógrafo Charles-Marie de La Condamine<sup>43</sup> la visitó durante su expedición científica a la Amazonia, hizo una breve descripción del poblado sin incidir en su trazado urbanístico o su organización espacial. En 1753 en la reducción de San Ignacio de Pebas, el jesuita José Casado que la tutelaba, reiteradamente amonestó a un indio *cahumare* por convivir amancebado con una mujer. Fastidiado éste por las reprimendas, buscó a un compañero de su misma etnia y ambos atacaron al religioso dándole muerte a hachazos. Esto causó un espanto entre toda la población de las etnias *cahuameres*, *cahuaches* y *yaguas*, que huyeron despavoridas hacia la selva, quedando solamente en la reducción unos pocos pobladores de la etnia *pevas*.

Casi tres décadas más tarde y ya con los religiosos de La Compañía de Jesús fuera del territorio misional, la situación del poblado era de total desamparo. En el año de 1779, el militar e ingeniero Francisco Requena<sup>44</sup> fue nombrado gobernador de Maynas y Comisario

<sup>43</sup> Por iniciativa de la Academia francesa, empeñada en medir el grado del ecuador terrestre en Quito, fue solicitado al rey Felipe V el respectivo permiso para enviar a allí a geógrafos especializados entre los que se hallaban La Condamine, Bouger, Godin y otros. El monarca accedió con la condición de que les acompañaran unos jóvenes marinos españoles: Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Una vez concluida la expedición (1735-1742), los marinos prolongaron su estancia en América para cumplir el mandato de Ensenada de averiguar la situación sociopolítica y económica del virreinato del Perú, que expusieron luego en varias obras y especialmente en las "Noticias Secretas de América".

<sup>44</sup> Francisco Requena y Herrera nació en Mazalquivir (posesión española situada en la actual Argelia). Profesional destacado, participó en varias obras de fortificación en el norte de África. Fue destinado a América en 1764 y participó en la remodelación de las fortificaciones de Cartagena, Portobelo y Chagres. A partir de 1769 levantó los mapas de la



de la Cuarta Partida de Límites con Portugal. En 1780 al asumir el cargo se vio obligado, pese a su frágil salud, a viajar al territorio de su gobernación. Al llegar se instaló en lo que quedaba de la antigua reducción de Pebas, permaneciendo allí por espacio de nueve meses, recopilando entre otras informaciones, notas del estado de las antiguas misiones jesuitas, que posteriormente compilaría en su obra "*Descripción de Maynas*" (Martín Rubio, 1991: CVI). En ella señala que el poblado estaba conformado por unas pocas casas emplazadas desordenadamente.



Loreto, provincia de Mariscal Ramón Castilla, actual centro poblado de Pebas a orillas del río Amazonas.  
Imagen: Ferruccio Marussi, 2008.

Para 1788 la situación de Pebas como poblado, todavía no se había afianzado. Una vez más, los indígenas acusaron al clérigo de "brujerías", debido a una epidemia de viruela y paludismo que asolaba la región, decidiendo darle muerte y regresar al monte. Con ellos huyeron todos los restantes habitantes y Pebas desapareció definitivamente como asentamiento permanente. Años más tarde y con el auge del caucho, reaparecieron algunos pobladores asentándose en las orillas del río Ampiyacu, pero con un urbanismo y una arquitectura totalmente distintos. Nuevamente nos hallamos frente a un caso en el cual el

Gobernación de Guayaquil y de la ciudad del mismo nombre. Debido a las continuas invasiones portuguesas sobre los territorios de la Amazonia, fue comisionado en 1777 por la Audiencia de Quito, a una expedición a la región. Seguidamente fue elegido para hacer efectivos los límites establecidos por las dos coronas (española y portuguesa) en el Tratado de San Ildefonso. En 1779 fue nombrado Gobernador de Maynas y llegó a la región un año más tarde. Durante su extensa permanencia, recopiló notas del estado de las antiguas misiones jesuitas, que luego compilaría en su obra "*Descripción de Maynas*". En sus momentos libres se dedicaba a pintar acuarelas de los poblados y paisajes que lo rodeaban. No sabemos cuántas fueron en total, pero hasta nosotros han llegado solamente diez, las cuales no están ni firmadas, ni fechadas, pero posiblemente fueron realizadas durante su estancia en Tefé. De éstas, seis pertenecen a la expedición de 1782 al Yapurá y sus afluentes, dos a las misiones en el Marañón y dos plasman la construcción de embarcaciones para alcanzar la región de Maynas. Es probable que la colección fuese mucho mayor, debido a que una de ellas lleva el número XVII. Las acuarelas que tienen como tema los poblados son dos. La primera se titula "Vista del pueblo de San Joaquín de Omaguas, provincia de Maynas en el río Marañón" y presenta una reducción emplazada a orillas del río, cuyo puerto quedaba protegido por una isla. El pueblo está compuesto por unas casas e iglesia. La segunda se titula "Vista del pueblo de San Ignacio de Pebas, misión de Maynas en el río Marañón" y lleva la siguiente leyenda: a) iglesia, b) casa-cura c) cuartel, d) embarcaciones de la expedición aseguradas en un estero e) campamento en una quebrada por lo reducido del pueblo. La misión estaba construida a orillas del río sobre un promontorio. La iglesia está rodeada de casas. Desde el pueblo bajaba un camino al río, donde Requena instaló su campamento.

poblado del siglo XIX no tiene origen en las reducciones jesuitas de los siglos XVII y XVIII, aunque mantenga el mismo nombre.

Un último ejemplo lo constituye la antigua reducción jesuita y capital de la Misión Alta, Santiago de la Laguna, hoy convertida en el poblado de Lagunas. Fundada en 1670 por el misionero jesuita Lorenzo Lucero, para evangelizar a los indios *cocama* y *cocamilla*, esta reducción fue también conocida en el siglo XVIII con el nombre de Laguna de la Gran Cocama. En 1743 Carlos María La Condamine la describió como un pueblo con poco más de un millar de naturales, pertenecientes a diversas tribus “[...] situado en un terreno seco y elevado y a orillas de un gran lago, a cinco leguas más arriba de la desembocadura del Huallaga [...] la misión principal de todos los Maynas”. (1921:115).

Entre 1767 y 1830 este poblado sufrió un abandono parcial y una decadencia general. Sólo la navegación fluvial a partir de mediados del siglo XIX le dio nueva vida, al convertirlo en un activo puerto. Sin embargo, el asentamiento de mestizos en Lagunas se ha desarrollado en un paraje distinto al sitio original de la reducción jesuita. A unos doscientos metros del sector ocupado por el poblado actual, todavía es posible ver un montículo —considerado por los habitantes como un “*encanto*” y sujeto a diversos rituales— el cual posiblemente contiene los restos arqueológicos de la antigua e importante reducción de Santiago de la Laguna (Regan, J. comunicación personal, 2005).

El urbanismo del siglo XIX impulsado por la navegación fluvial, la colonización, el comercio y la extracción del caucho, no intentó nunca rescatar el urbanismo jesuítico. Todo lo contrario, fue olvidado como si este fuera parte de un pasado remoto o inexistente. El siglo XX planteó en la región de Maynas otras variables tales como la extracción de petróleo, la economía clandestina de los cicales y su oscura interrelación con el terrorismo, todo lo cual ha traído consigo una dinámica espacial, relaciones interpersonales y formas de asentamiento totalmente diferentes a las pertenecientes a los siglos anteriores.

El estudio y reflexión en torno al urbanismo jesuítico en Maynas, considerado con frecuencia como “el paraíso perdido en la Amazonia”, así como el balance final de sus aportes y yerros, constituye una investigación con resultados que deben todavía ser evaluados dentro de la problemática general de la evangelización en la región selvática y en un contexto mayor, dentro de la historia de las misiones jesuíticas coloniales.

## REPOSITORIOS

Archivo del Convento de Santa Rosa de Ocopa.

Biedma, M. (1687). *Memorial presentado al virrey duque de la Palata*. Jauja: Archivo de Ocopa, legajo nº 75.

Archivo Nacional de Historia, Ecuador.

Informe del P. Pedro José Milanésio, Procurador de las Misiones de jesuitas del Marañón, 1750, vol. I - 41, doc. 1583, f.135.

Archivum Romanum Societatis Iesu, Roma.

Fundación Histórica Tavera, Provincia Peruana, 1762, Legajo 218, f. 2.

## BIBLIOGRAFÍA

Acuña, C. (1985). *Nuevo descubrimiento del Amazonas*. Colección Monumenta Amazónica, tomo 1. Instituto de Investigaciones de la Amazonía Peruana-Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía.

- Anda, A. (1995). *Primeros gobernadores de Mainas: los generales de Vaca de Vega*. Ediciones Abya-Yala.
- Ardito, W. (1990). Mecanismos iniciales de contacto de los misioneros jesuitas de Maynas. *Actas del 1º Congreso Peruano de Historia Eclesiástica*. Arzobispado de Arequipa, (págs. 353-364).
- Barnuevo, R. (1985). *Relación apologética, así del antiguo como del nuevo descubrimiento del río de las Amazonas, hecho por los religiosos de la Compañía de Jesús de Quito (1643)*. Colección Monumenta Amazónica, tomo 1. Instituto de Investigaciones de la Amazonía Peruana-Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía.
- Beerman, Eric (1994). Pintor y cartógrafo en las Amazonas: Francisco Requena. En *Anales del Museo de América*, 2 (págs. 83-97).
- Block, D. (1994). *Mission culture on the Upper Amazon, native tradition, jesuit enterprise and secular policy in Moxos (1660-1880)*. University of Nebraska Press.
- Chantre y Herrera, J. (1901). *Historia de las misiones de la Compañía de Jesús en el Maraón español (1637-1767)*. Avrial.
- Compte, F. (1886). Varones ilustres de la Orden seráfica en el Ecuador. Imprenta del Clero.
- Condamine La, C.M. (1921). *Relación abreviada de un viaje hecho por el interior de la América meridional, desde la costa del Mar del Sur hasta las costas del Brasil y de la Guayana, siguiendo el curso del Río de las Amazonas, (1743)*. Calpe.
- Cushner, N. (1982). *Farm and Factory*. State University of New York Press.
- Echeverría, M. de y De Aguilar y Saldaña, F. (1911). Documentos para la historia de las misiones de Maynas. En *Boletín de la Real Academia de Historia*, 1. <http://www.cervantesvirtual.com/downloadPdf/documentos-para-la-historia-de-las-misiones-de-maynas--del-archivo-de-jesuitas-anexo-a-la-biblioteca-nacional-de-santiago-de-chile-0/> [Recuperado el 05-04-2020].
- Figueroa, F. (1985). *Informe de las misiones del Maraón, Gran Pará o Río de las Amazonas (1661)*. Colección Monumenta Amazónica, 1. Instituto de Investigaciones de la Amazonía Peruana-Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía, 1985.
- Grohs, W. (1974). *Los indios del alto Amazonas del siglo XVI al XVII*. Bonner Amerikanistische Studien 2.
- Juan, J. y Ulloa de A. (1953). *Noticias secretas de América*. Mar Océano.
- Jouanen, J. (1941). *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua Provincia de Quito: 1570-1774*. 2 vols. Editorial Ecuatoriana.
- Lucena, M. (1991). *Francisco de Requena y otros: Ilustrados y bárbaros. Diario de la exploración de límites al Amazonas*. Alianza Editorial.
- Magnin, J. (1988). *Breve descripción de la Provincia de Quito en la América Meridional. y de sus misiones de Sucumbios de religiosos de San Francisco, y de Maynas de P.P. de la Compañía de JHS a las orillas del gran río Maraón, hecha para el mapa que se hizo el año de 1740, por el P. Juan Magnin, de dicha Compañía, Misionero en dichas misiones*. Colección Monumenta Amazónica, Instituto de Investigaciones de la Amazonía Peruana-Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía.
- Maroni, P. (1988). *Noticias secretas del río maraón y misión apostólica de la Compañía de Jesús en la provincia de Quito*. Colección Monumenta Amazónica, Instituto de Investigaciones de la Amazonía Peruana-Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía.
- Martin Rubio, M.C. (1991). *Historia de Maynas, un paraíso perdido en el Amazonas*. Atlas.
- Marzal, M. (1992-94). *La utopía posible, indios y jesuitas en la América colonial*. 2 vols. Pontificia Universidad Católica del Perú.

- Medina, F. (1999). Los Maynas después de la expulsión de los jesuitas. En *Un reino en la frontera. Las misiones jesuitas en la América colonial*. Pontificia Universidad Católica del Perú, (págs. 429-472).
- Miranda, F. (1986). *Crisis de las misiones y mutilación territorial*. Banco Central del Ecuador.
- Negro, S. (1999). Maynas, una misión entre la ilusión y el desencanto. *Un reino en la frontera, Las misiones jesuitas en la América colonial*. Pontificia Universidad Católica y ABYA-YALA, (págs. 269-300).
- (2004) “Destierro, desconsuelo y nostalgia en la crónica del P. Manuel Uriarte, misionero de Maynas”. *Los jesuitas y la modernidad en Iberoamérica, Actas del Coloquio Internacional*. Pontificia Universidad Católica del Perú y Universidad del Pacífico.
- Ponce Leiva, P. (transcripción) (1994). *Relaciones histórico-geográficas de la audiencia de Quito (siglo XVI-XIX)*, 2 vols. Abya-Yala y Marka.
- Porras, M.E. (1987). *La gobernación y el obispado de Maynas (siglos XVII y XVIII)*. Abya-Yala y Taller de Estudios Históricos.
- Quecedo, F. (1942). *El ilustrísimo Fray Hipólito Sánchez Rangel, primer obispo de Maynas*. Coni.
- Raimondi, A. (1983). *El Perú*, vol. 1. Editores Técnicos Asociados.
- Querezaju, P. (edit.) et. al. (1995). *Las misiones jesuíticas de Chiquitos*. Fundación BHN.
- Regan, J. (1983). “Las reducciones de los jesuitas en Maynas”. En *Hacia la tierra sin mal*. 2 vols. Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía.
- Rodríguez, M. (1990). *El descubrimiento del Marañón*. Alianza Editorial.
- Rodríguez Castelo, H. (comp.) (1997). *Diario del padre Fritz*. Studio 21.
- Santos, F. (1992). *Etnohistoria de la Alta Amazonia, siglos XV al XVIII*. ABYA-YALA.
- Schuller, R. (noviembre de 1911). Documentos para la historia de las misiones de Maynas. *Boletín de la Real Academia de Historia*, Madrid, vol. LIX, 262-276.
- Stocks, A. (1981). *Los nativos invisibles*. Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica.
- Uriarte, M. (1986). *Diario de un misionero de Maynas*. Monumenta Amazónica, Instituto de Investigaciones de la Amazonía Peruana-Centro de Estudios Teológicos de la Amazonía.
- Vacas Galindo, E. (1902). *Colección de documentos sobre límites ecuatoriano-peruanos*. Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios.
- Velasco, J. de (1977-79). *Historia del reino de Quito en la América meridional*. 3 vols. Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- (1981) *Historia moderna del reino de Quito y crónica de la Compañía de Jesús en el mismo reino*. Biblioteca Ayacucho.
- Vieira, A. (1992). *Escritos instrumentais sobre os índios* (antología). Edições Loyola y Giordano.